

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTOS Y MÍSTICOS EN LAS VISIONES
DE MARÍA VALTORTA**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

SU VIDA

Primeros años.

Amor a Roberto.

Enfermera.

Amor a María.

Los espiritistas.

Curación y premonición.

Escritora.

Su muerte.

Anotaciones de Marta.

Perfume sobrenatural.

LOS DATOS CIENTÍFICOS

Libros prohibidos.

Condenas equivocadas.

Escritos conforme a la ciencia.

VISIONES

Visión de San Esteban.

Santa Cecilia.

Continúa la visión el 23 de julio de 1944.

Notas.

Santa Justina.

Santa Fenícula.

Santas Felicidad y Perpetua.

Santa Inés.

Santa Martina.

Santa Flora y María de Córdoba.

Anotación.

Santa Irene.

Santa Clara de Asís.

Santa Teresita.

San Pío de Pietrelcina.

San Pío X.

Muerte de Jesús. Dimas y Longinos.

La resurrección.

Las llagas de San Francisco.

Los amigos santos.

El purgatorio de su madre.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libró presento la vida de algunos santos y mártires de los primeros tiempos del cristianismo según lo narra María Valtorta en sus escritos sobre las visiones que Jesús, la Virgen, su ángel o algún otro santo se lo manifestaron sea como dictado o como visión. En el caso de las visiones, observemos que no eran como ver una película, como espectadora, sino vivir los acontecimientos, como si estuviera presente en ese lugar en el momento de los hechos, de modo que podía sentir los olores buenos o malos del lugar, el agradable aroma de los campos e incluso los sentimientos de los presentes en aquel momento.

Es maravilloso observar cómo sin tener estudios secundarios completos, no haber ido a ninguna universidad ni tener ninguna especialización, pudo escribir cosas reales de hace dos mil años en Palestina con todos los detalles sobre las plantas, animales, personas, sus costumbres, vestidos, comidas, etc.

Sin saber astronomía refiere datos sobre la luna en el cielo nocturno, los planetas, constelaciones y las condiciones meteorológicas del momento. Según los datos que da, asegura que el año anterior a la muerte de Jesús, el 14 de Nisán del calendario judío era vigilia de la Pascua, era viernes y, al año siguiente, es decir, cuando muere Jesús, la Pascua caía en sábado y el día de la crucifixión era viernes, como todos sabemos.

Dios la escogió para poder manifestarle en visiones o dictados todos los acontecimientos narrados en los Evangelios sobre su vida, pasión, muerte y Resurrección. Su obra *Poema del Hombre-Dios* es una joya de detalles de la vida de Jesús y de la vida y costumbres de sus contemporáneos. Por eso expondremos algunos datos para convencernos de que sus escritos no fueron fruto de su imaginación, sino obra de Dios y, aunque son revelaciones privadas, podemos darles la suficiente aprobación, porque claramente se demuestra que no son obra de ningún ser humano, ya que ella no podía saber toda una serie incalculable de datos sobre la vida de Jesús y de las costumbres de su tiempo, sin haber estudiado ni tener a mano ningún libro científico. Incluso ella ha guiado a muchos expertos a descubrir muchos datos del Evangelio para ubicar ciudades u otros lugares que nadie conocía o no se sabía su ubicación. Otra cosa que llama la atención es que ella escribe con letra limpia y sin tachaduras y, aunque la distraigan por otras cosas, toma la hilación sin problema y sin repasar lo escrito anterior.

Por eso y por mucho más, damos gloria a Dios por este gran regalo que nos has dado por medio de María Valtorta y deseamos que todos los buenos cristianos puedan aprovecharse de estas enseñanzas que son el Evangelio viviente.

Nota.- A se refiere a su *Autobiografía*, CEV (Centro Editoriale Valtortiano), 2022.

Diciotti, hace referencia al libro de su ayudante Marta Diciotti, *Una vita con María Valtorta*, CEV, 2022.

Los Cuadernos 1943, 1944 1945-1950 nos llevan a los Cuadernos publicados por CEV en 2006, 2023 y 2005 respectivamente

Azarías por su parte nos indica el *libro de Azarías*, CEV, 2007.

SU VIDA

PRIMEROS AÑOS

María Valtorta nació en Caserta (Italia) el 14 de marzo de 1897. Su padre era suboficial de caballería del ejército italiano. Su madre Iside Fioravanzì era una mujer culta, pero dura, egoísta y de muy mal genio, que la llevó a oprimir a su esposo y a su hija con severidad y hasta crueldad. Al nacer María los médicos dijeron que debía haber nacido muerta. A los 18 meses se trasladó con su familia a Faenza. En septiembre de 1901 se trasladaron a Milán. Tenía cuatro años y medio y era muy tímida. Añota: Me llevaron a la escuela de las religiosas Ursulinas de Via Lanza. Mi padre y mi abuela me hablaban de Dios y me llevaban a la iglesia. Las religiosas, especialmente sor Fulgencia, nos hablaban de Dios y nos decían: Dios nos ve siempre, Dios está presente, nada le está escondido. Él está por todas partes. En el jardín del colegio había una gruta con una imagen dentro del arcángel san Miguel. La hermana nos llevaba delante de la imagen y nos decía que un ángel así estaba siempre a nuestro lado y había que ser buenas, porque si no, se cubría el rostro con sus bellas alas y lloraba ¹.

Un día me llevó mi madre, mi abuela y una empleada a la Feria. Era en diciembre de 1902. Tenía cinco años y nueve meses. Mi madre me decía siempre que los niños no deben pedir nada. Yo quería una cuna, porque muñecas tenía suficientes, pero no la cuna. Yo le pedía a mi ángel custodio que se lo dijese a mi mamá, pero nada y con ese dolor volvimos ².

Estando en el colegio me enfermé. Empecé a toser y me vino una fuerte fiebre. Fui separada de mis compañeras y estuve el resto del día hasta la tarde en brazos de la Superiora. La enfermedad me duró varios meses. En diciembre de 1903 murió mi abuela. En octubre de 1904 fui inscrita en el Instituto de las religiosas Marcelinas ³. En la primavera de 1905 yo, con algunas compañeras, nos preparamos para confirmación.

Mi padre era militar y pertenecía al regimiento 19 de caballería. Me llevaba a misa todos los días y a veces al cuartel, donde todos los soldados me saludaban y hasta me daban regalos y se sentían felices de llevarme a ver los

¹ A p. 27.

² A p. 33.

³ A p. 29.

caballos del ejército Todos eran mis amigos ⁴. En septiembre de 1907 fuimos a vivir a Voghera, porque el regimiento de mi papá había sido trasladado allí. En buen tiempo, muchos días iba con mi papá a pasear por los campos. ¡Cómo disfrutaba de la belleza de los paisajes!

En septiembre de 1908, estando en Viareggio, entré en el Instituto de Casteggio y me prepararon para la primera comunión las hermanas adoratrices. Ese día hice la consagración a María, deposité ante ella la corona de rosas. A los pocos días llegó a casa desde Francia, pobre, enfermo y ateo, mi tío, hermano de mi madre. Era amante del lujo y de las diversiones y se endeudaba y después mi madre o mi abuela u algún otro debían pagar las deudas.

El 4 de marzo de 1909 dejé mi casa por el colegio de las Madres de María niña, religiosas fundadas por la beata Capitanio. El colegio era bello, luminoso y con un jardín amplio y hermoso. Era costumbre en el colegio tener lectura en el comedor durante la Cuaresma. Allí oí por primera vez la Historia de un alma de Santa Teresa del Niño Jesús. En la clase de labores también se leía y yo era una de ellas. Leíamos *Fabiola*, *La última vestal*, *Ben Hur*, *Bajo el signo de Roma* y otros libros sobre los primeros siglos del cristianismo. En ese tiempo me inscribí como Hija de María. Habría preferido ser Hija de la Dolorosa, porque era muy devota de la Virgen de los dolores ⁵. En ese tiempo dormía con el crucifijo. Lo tenía limpio y brillante como el oro. Era de latón y era bello como una cruz de cardenal. Pero no me bastaba limpiarlo. Encontraba siempre una florecita bajo la nieve en los meses fríos o unas hojas de hiedra. Por la noche me lo metía junto al corazón y le daba muchos besos y le decía muchas palabras de enamorada y me dormía feliz de tener a Jesús junto a mi corazón para calentarlo ⁶.

AMOR A ROBERTO

Cuando ya tenía 17 años, en 1913, un joven llamado Roberto, alquiló un apartamento en el segundo piso de la casa donde vivía María. Él era de Bari, hijo único, bello, rico y culto, titulado en letras, pero no trabajaba, porque no lo necesitaba. Había venido a Firenze para hacer algunas investigaciones en las bibliotecas de Firenze. Y ella dice: Un día nos encontramos en las escaleras. Nos miramos. Y simpatizamos al momento. Supe que él se había informado sobre quién era yo. Pasó en Firenze los meses de verano y después fue a Bari, a casa de su madre. El 5 de enero de 1914 volvió y tocó el timbre de la puerta y yo sin saberlo me lo encontré. No había nadie en casa. Me preguntó dónde estaba la

⁴ A p. 42.

⁵ A p. 93.

⁶ A p. 94.

patrona de casa. Le respondí que no sabía, pero que me parecía que estaba en casa. Él me preguntó cómo estaba mi familia y yo le pregunté cómo estaba su mamá. Eso fue todo.

Yo le conté el encuentro a mi empleada, a mi papá y a mi madre. Mi madre, con su modo de ser egoísta, se puso como una fiera, diciendo que él era una mala persona y que había aprovechado su ausencia. Y cuanto más le juraba que solo había sido un saludo entre ambos, más se enfurecía y gritaba acusándome de pecados inexistentes ⁷. Su madre le desgarró su corazón juvenil, que empezaba a sentir el amor sincero por un hombre bueno con sus 18 años y consiguió que el joven la dejara para siempre. Él, decepcionado, al comenzar la guerra ítalo-austriaca se alistó en el ejército y a los seis meses murió en la guerra.

Ella sufrió mucho y dice en su Autobiografía textualmente: *Roberto tenía todo para ser amado: bondad, belleza, cultura, pero, aunque solo hubiera tenido bondad y cultura, lo habría igualmente amado* ⁸.

Una noche me debatía entre mil tentaciones, Dios me mandó un sueño. Era la primavera de 1916, la noche entre el 17 y el 18 de junio. Yo estaba casi desesperada. De mis prácticas piadosas solo quedaba la comunión los primeros viernes de mes. Estaba rebelde y me parecía estar lejos de Dios. En el sueño me vi en una bella campiña. Prados verdes con flores multicolores y árboles gigantes que parecían hablar entre sí. Un río azulado con aguas tranquilas y a lo lejos una colina. Yo caminaba segura. Nunca había visto ese lugar y me inclinaba para coger algunas flores. De pronto vi a mi lado un joven bellísimo, brillante, sonriente. Vestido con una túnica larga hasta el suelo. Parecía oriental. Se interesó en lo que hacía y se puso a cogerme flores, las más bellas, porque apenas las tocaba se volvían bellísimas. Me agradaba hablar con él. Era tan bello y gentil...

De pronto, casi en el horizonte vi venir tres personas. Vestidas también con largas túnicas, con mucha majestad. El bello joven, que estaba junto a mí, dijo: *No los mires, vamos a otra parte*; y me puso la mano en la espalda para imponerme su voluntad. Levanté la cabeza para responderle porque era mucho más alto que yo y quedé asombrada del cambio de sus rasgos. Tenía una expresión entre miedo y cólera. Le dije: *Déjame ver y después me iré*, pero el joven cada vez más inquieto siguió repitiendo: *Vámonos, vámonos. Esos tres son enemigos y quieren hacerte daño*. Y yo le dije: *No es posible, tienen cara de buena gente*. Ya estaban cerca y distinguía sus rostros. Uno era anciano con barba. Sus ojos vivos y severos se dirigían continuamente a su compañero. El

⁷ A pp. 130-140.

⁸ A pp. 144-145.

otro era un joven de unos 20 años o quizás unos 25. Era alto y esbelto con un rostro bellísimo y barba con ojos dulcísimos de un azul claro y cabellos rubios, largos hasta el cuello y me miraba con mucha compasión. El del centro me atraía más que los otros y era mucho más alto y sobrepasaba a los otros dos el cuello y la cabeza. Estaba vestido con un manto blanco y tenía una túnica de color rojo suave. En su modo de obrar y dirigirse a sus compañeros se notaba una gran majestad y una dulzura sobrehumana. Tenía las manos largas, bellísimas y blancas. Su cuerpo era esbelto y su mirada era un poema de bondad, que parecía decir: *Ámame*. Me sentía atraída hacia él.

Mi compañero primero me cogió con ambas manos y quiso a la fuerza llevarme a otra parte. Lo vi furioso y con un rostro feroz, Lo veía embrutecerse minuto a minuto. Temblaba y rechinaba los dientes, pero yo le resistía. Combatía contra él, arañándole y mordiéndole. Comprendí que los tres que ya estaban muy cerca eran Jesús, san Pedro y san Juan evangelista. Con un último esfuerzo me separé de mi compañero que ahora me parecía ser un enemigo mío, y corrí a echarme a los pies de Jesús, gritando: *Señor, sálvame*. Entonces vi el rostro de mi primer compañero y era el de un demonio y me aferró enfurecido, pero yo grité de nuevo llorando: *Señor, sálvame*. Jesús miraba y callaba. Vi una gran piedad en su mirada. San Pedro decía que yo no merecía piedad y san Juan me defendía, diciendo: *Maestro, libérala, un tiempo te amó, ayúdala, Maestro*.

El enemigo decía: *No, es mía, no la dejas*. Jesús callaba. Y entonces levanté la cabeza y los brazos y le agarré las manos cubriéndolas de besos y dije: *Señor, Señor*. Entonces Jesús habló y dijo: *María, debes saber que el mal no basta no hacerlo, sino también no desear hacerlo*. Después su mano se posó sobre mi cabeza con gesto de absolución y bendición. Comprendí que había sido perdonada y con un gesto de reconocimiento me eché contra su pecho llorando con lágrimas de reconocimiento, de arrepentimiento y de alegría. Y vi que el enemigo huía gritando desesperado y yo era abrazada por Jesús. Y en ese momento me desperté.

Han pasado 26 años y nueve meses desde aquella noche, pero aquel sueño está todavía vivo como cuando me desperté y veo aún todos los detalles. Busqué en todos los talleres y negocios de arte un rostro como el que vi a Jesús, pero no lo he encontrado. He soñado después muchas veces con Jesús y su rostro era el mismo y también su estatura y sus manos, como en el sueño ⁹.

⁹ A pp. 147-151.

ENFERMERA

Nos dice: Desde el 15 de noviembre de 1917 hasta septiembre de 1920 presté servicio en las enfermeras samaritanas. Estuve 18 meses y nunca tuve un reproche de mis actos. Cumplía bien mi deber y era respetada y amada por todos. Por mi parte trataba de acercar a los pobres soldados confiados a mi cuidado a Dios. Todas las tardes a las 3 p.m. en la capilla del hospital había bendición con el Santísimo y los heridos que podían moverse, asistían y cantaban. En las vigiliass de las fiestas y los sábados se confesaban y el domingo me decían que habían comulgado. Cuánto bien me vino por su medio. A veces me veían triste y hacían de todo para alegrarme. Para ellos yo fui hermana y madre. Y superé las repugnancias, impaciencias y cansancios, porque los amaba y me amaban ¹⁰.

Anota que en el verano de 1918 ella y su madre sufrieron la peste llamada española. Pudieron superarla y curarse. El 4 de noviembre terminó la guerra. Cuando terminó, ella, que trabajaba como enfermera con los soldados heridos, se fue corriendo a la iglesia de san Marcos para agradecerle a Dios y le ofreció su vida con tal de que no hubiese otra guerra, y este ofrecimiento lo hizo repetidas veces, sabiendo bien a lo que se comprometía. A los pocos días del término de la guerra, se cerró su hospital y ella y los heridos pasaron a otro hospital. A principios de enero de 1919 de nuevo cogió la peste y tuvo que llamar al médico, pero no mejoraba, El corazón lo sentía cansado y sufría de insomnio. Las pulsaciones del corazón eran violentas y aumentaban en las noches. Dice: Hubiera deseado entrar en un convento. No veía clara la voluntad de Dios. Pero tuve que dejar el hospital, porque no podía más.

AMOR A MARIO

En la casa vecina vivía un coronel, cuyo hijo Mario desde pequeño había tenido mucha amistad con María. Cuando ya tenía 20 años y estaba próximo a recibirse como guardamarina, empezó a pensar en ella como futura esposa. Ella al principio no pensaba en ello en serio. Dice: *No me sentía capaz de amar como mujer a un hombre* ¹¹. ¿ Por qué? Porque su madre le había metido la idea de que

¹⁰ A pp. 164-165.

¹¹ A p. 169.

no valía para nada. Por eso, al principio trató de hacerle reflexionar a Mario, pero él no lo entendía y lo único que María consiguió fue que esperara un año para pensar si la cosa iba en serio.

Anota: Respecto de Mario, consulté con un sacerdote, una señora anciana muy piadosa y un senador abogado y muy buena persona. Los tres coincidieron en que debía aceptar el amor de Mario. Estuve un poco insegura y, después de orar mucho, acepté su amor. Empecé a pensar en lo hermoso de tener una casa propia donde vivir y estar en paz sin estar siempre bajo la opresión y dominio de mi madre y además tendría mis hijos. Lo que más me animaba era tener niños. Así que comenzamos a escribirnos cada semana. Las cartas de Mario rebosaban de amor. Las mías eran más frías. Siempre lo había tratado como un amigo, pero poco a poco mi corazón se iba animando.

Rezaba mucho para que nuestro amor llegara hasta el final y para que Dios tocara a mi madre (y no pusiera obstáculos).

Pero sucedió algo imprevisto. El 17 de marzo de 1920 salí con mi mamá a agradecer a una amiga ancianita que me quería mucho y me había dado un regalo por mi 23 cumpleaños. Al regreso a casa, mientras caminaba dando el brazo a mi mamá, que se podía caer por su mala vista, fui golpeada en los riñones por un pequeño delincuente, hijo de un comunista y de nuestra modista. Me golpeó con una barra de hierro por detrás gritando: *Abajo los señores y los militares*. Sentí un dolor tan fuerte que me arrodillé. Las piernas no me sostenían y con esfuerzo pude levantarme y llegar hasta la casa, donde se pudo observar una fuerte contusión en la región renal. En la columna vertebral hacia el hígado había una señal roja. Me hicieron emplastos que calmaron el dolor. Hice mal de no querer ir de inmediato al médico, pero no creía que había sido golpeada tan peligrosamente.

Después de dos días, además de los dolores del golpe, tenía sufrimientos extraños: vértigos, estrellitas delante de los ojos, náuseas intensas y un gran cansancio, pero me levantaba por la mañana. El domingo (al tercer día) fui a la iglesia y comulgué. Me sentía fatigada y estar de rodillas me resultaba doloroso. En casa casi no comía. A mediodía comí un cuarto de pichón y nada más. En la tarde debíamos salir con la señora, que me había aconsejado sobre Mario, y otra señora y mi mamá. Yo no quería, pero insistieron y salí. Me tuve que esforzar y en todos los asientos que encontrábamos tuve que sentarme por la calle. En la cena no comí nada y me fui a dormir. A las 3 a.m. me desperté con un dolor atroz. Estaba bañada de un sudor frío. Tenía vómitos, no podía hablar ni moverme. Pensaba que me moría. Mi perrita se dio cuenta y empezó a aullar. Me salvó, porque corrió mi padre y mi madre y llamaron a un doctor. Salí de la agonía y me vino una fiebre alta. Vinieron algunos doctores, pero unos decían

una cosa y otros otra. Estuve tres meses en cama. La fiebre subía a 40 con fuertes dolores. Tres veces estuve al borde de la muerte por curas equivocadas que me afectaban al corazón. Ninguno tuvo la sospecha de que el problema era la columna vertebral. Se dieron cuenta 14 años después ¹².

Estaba tan mal que el coronel le comunicó a su hijo Mario que viniera para verme al menos una vez antes de morir. Por su parte, mi madre me exigió que le dijera cómo habíamos podido comprometernos (sin que ella lo supiese y que no podíamos seguir adelante en nuestro compromiso). No sé qué le dijo al coronel al día siguiente, pero después entendí que le había dicho en mi nombre que quería que Mario me dejara en paz y que se lo dijera de mi parte. Y dice textualmente: Mario fue liquidado ¹³. Por supuesto sin ella saberlo ni desearlo.

A los tres meses se levantó, aunque tenía todavía fiebre y fuertes dolores. Su madre (para que no se viera con Mario) la llevó a Montecatini, donde estuvo 50 días. Después la llevó a Reggio Calabria, donde llegó el 10 de octubre de 1920. Fue un tiempo de sufrimiento y de reflexión en el que se acercó mucho a Dios como su única esperanza. Anota: *El día de mi 24 cumpleaños recibí una tarjeta de Mario* (en la que me decía que mientras viviera, pensaría en mí), pero no le respondí. Un día, mis padres se fueron a Firenze. Estando yo en Reggio Calabria con Clotilde y sus hijos, que eran de la familia, se presentó Mario. Me aseguró su constante cariño y fuimos felices algunas horas. Después tenía que irse de servicio a Constantinopla durante un año.

A continuación ella le escribió a su madre para pedirle su consentimiento para seguir con Mario. También Mario le escribió, pero su madre no daba el brazo a torcer y usó todos los medios para matar su amor mutuo. No supo que le escribió a Mario, pero él no le escribió más y por lo que después sucedió, se dio cuenta de que su madre destruyó su amor. Un día vino al albergue de Clotilde en Reggio Calabria un oficial de la marina italiana y le preguntaron si conocía a Mario Ottavi y respondió: *Mario era muy serio y asentado. Creo que estaba en relación con una señorita con buenas intenciones. No sé qué le ha pasado. Otros colegas me han dicho que desde hace dos meses Mario está totalmente cambiado. Estuvo unos días intratable con todos. Después se está arruinando con una mujer rusa, que creo es una aventurera. Es muy bella, pero corrompida, etc.* Y concluyó diciendo: *Pobre Mario, está como loco o lo han hecho volverse loco. Él que era tan buen chico* ¹⁴.

¹² A pp. 184-186.

¹³ A p. 189.

¹⁴ A pp. 180-205.

¿Qué pasó después? El último día del año 1923, estando en Firenze, salió María de casa con su perrita a comprar. Era una tarde con niebla y mucho frío. Dice: Yo estaba embozada con un chal y bufanda. Fui a la plaza Cavour y vi a Mario que atravesaba la plaza. Quedé sorprendida. Mario no me debió conocer envuelta como estaba con tanta ropa como una turca. Quizás pudo conocer a mi perrita. Iba con la cabeza baja, envejecido como un culpable. Estaba irreconocible, pálido como una ruina. ¡Qué ruina! ¡Qué habían hecho con Mario tan robusto, fuerte, sano, joven y honesto. ¿Qué le había hecho mi madre para que llegara a eso? ¿Y aquella mujer rusa? Volví a casa y no dije nada ¹⁵.

¿Y qué fue de Mario? Ella dice: Creo que es difunto después de algunos años. Amo su alma, que creo haber comprado con mi dolor. Es el mejor bello regalo que le podía dar al que he amado ¹⁶. Estoy convencida desde 1932 que está muerto. ¿Por qué? Porque ha venido él mismo a decírmelo en un sueño, pidiéndome perdón por su modo de obrar, diciéndome que si él como hombre se había equivocado, su alma había quedado fiel a mí y había venido a tomarme ahora que era muerto, para ser mi esposo en el más allá. En ese sueño yo le pedía que me dejara vivir y él muy triste me decía: *¿Debo quedarme solo? Yo respondía: Todavía un poco, Mario, un poco de vida y después iré contigo. Él insistía: ¿Un año? ¿Te basta? Vendré cada año a llamarte. Y cada año viene en noviembre a llamarme. Me ha dicho tantas cosas. Durante algunos años parecía que necesitara de mí para superar alguna pena y quería mostrarme por qué había obrado como lo había hecho. ¡Cuántas acusaciones contra mi madre! Estoy convencida que está muerto y ha terminado de expiar. Su nombre desde hace diez años no aparece en la Hoja de órdenes de la Marina, que yo leo siempre, pero no quería que con esta convicción se hicieran investigaciones ante otros oficiales* ¹⁷.

En la primavera de 1923 le escribí a Dios mi primer ofrecimiento que lo repetí durante 8 años. Pedía perdón a Dios por mis faltas y cómo comenzaba a ver cada vez más claro la voluntad de Dios y sentía deseo de amarlo cada día más. Le pedí en mi ofrenda que me concediese la alegría de llevarle almas y especialmente las de mis padres y de Mario. Pasó el año 1923 y parte de 1924. En septiembre de 1924 fuimos a Viareggio desde Firenze donde estábamos. En diciembre de 1924 tuve la fuerte inspiración de tener los cuatro evangelios y la vida de Santa Teresita del Niño Jesús. Santa Teresita, la pequeña flor, me enseñó que a Dios se ama con los pétalos de las rosas, o sea con los pequeños sacrificios hechos con amor. Y por amor rezaba a Jesús que me diera la fuerza para hacerlo

¹⁵ A. pp. 218-220.

¹⁶ A p. 291.

¹⁷ A pp. 361-362.

siempre así. Jesús me decía: *Hazlo así, y así lo hacía. Di esto, y lo decía. Haz esto otro, y lo hacía* ¹⁸.

Por mi parte, trabajaba haciendo las cosas de la casa, hacía las compras, la cocina, echaba de comer a las palomas, daba de comer a los huéspedes que estaban de pensión en casa. Todo estaba sobre mis espaldas. Y además lavar la ropa y hasta hacía jerseys para mi papá. Mi madre, que me veía atareada, no pensaba ni por casualidad que tanto trabajo me podía hacer daño. Y me exigía y me exigía. Si alguna vez decía que me dolía el corazón o la columna vertebral, me echaba un repertorio de palabrotas. Me atormentó durante tres años, diciéndome que las hemorragias eran por un tumor interno ¹⁹.

En octubre de 1925 me ofreció a mí misma a Dios como víctima de amor, siguiendo los pasos de santa Teresita del Niño Jesús, cuya vida había leído. El 1 de julio de 1930 me ofrecí a Dios como víctima de la justicia divina.

En verano de 1928 había tenido una angina grave de pecho con fiebre de más de 40 grados. Estuve un mes enferma, pero trabajando, porque teníamos huéspedes en casa. En el invierno de 1928-1929 tuve un resfriado fuerte con tos, fiebre alta y, apenas curada, tuve la fractura de una costilla. Había vomitado sangre, porque quizás la costilla hería la pleura. Yo sentía que mi corazón estaba mal.

El 4 de julio de 1930 llegó un médico como huésped y lo acogimos con gusto. Vio el pianoforte y pidió permiso para usarlo. Lo tocaba y cantaba muy bien. Al día siguiente, después de la comida, subió a su habitación. Yo estaba en la cocina con mi madre y papá dormía en su habitación. De pronto me sentí mal. No era un mal físico, porque no tenía dolor alguno. No sé explicar qué me pasaba. Salí al patio para respirar, porque me parecía que faltaba el aire de la casa o que estaba corrompido. Parecía que manos invisibles me oprimían el pecho. Mi madre no sentía nada. Con esfuerzo entré en la casa. Quise subir al primer piso para tomar un cadiotónico. Subí la escalera, pero cuando inicié la subida de las segundas escaleras, sentí una fuerza que me tiraba hacia atrás como para impedirme subir. Era como si dos manos más grandes y fuertes me tiraban con fuerza hacia atrás. Conseguí subir y, al llegar a la puerta cerrada del saloncito, donde estaba el médico, la sensación fue tremenda. Mientras entraba en mi habitación comprendí como si lo viese con mis ojos que en aquel saloncito se hacía espiritismo. Del espiritismo tengo miedo al igual que de todo lo que es esotérico y misterioso.

¹⁸ A pp. 230-232.

¹⁹ A pp. 234-235.

Le dije a mi mamá que el doctor o se iba o me iba yo. Estábamos hablando cuando salió el quiromante. Saludó y se fue. Al día siguiente vi en la puerta de casa una mano con un escrito: *Mustafá-quiromante-ocultista*. Me puse furiosa y comuniqué mi furia a mi mamá. Ella le habló al doctor de que nuestra casa no era apropiada para esas cosas. El doctor estuvo de acuerdo en decirle a su protegido el quiromante que se fuera a otro sitio. Pasaron dos o tres días. Todavía venía el quiromante buscando dinero del doctor, pero no se reunían en el saloncito. Al cuarto día volvió aquella fea sensación, pero esta vez me armé de un crucifijo y dije: Señor, es el momento de demostrarme tu poder. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo te pido que impidas al demonio de actuar en mi casa. Ya no sentí más la sensación de privación de aire y al poco rato vi descender al médium. Estaba muy turbado. Vino al comedor e hizo un recuento de lo que hacía para persuadirnos de ser un joven bueno, religioso, creyente etc. Y decía que el espiritismo no es contrario a Dios, porque así el que lo practica cree en el más allá. Y a mí me dijo: *Yo no soy un endemoniado. He venido aquí, porque quería hacerle el bien y usted me expulsa*. Le dije: *Si usted está con Cristo no debe temer a Cristo*. Él insistió: *Pero usted me perturba*.

-No venga más, le aclaré.

El quiromante se fue a Rimini y el doctor se quedó, pero en la noche del 17 de agosto entre la una y dos de la mañana mientras dormía, me despertó el golpe de aquella famosa sensación de manos que me oprimían el pecho y del aire corrompido. Le dije a mi mamá, el doctor hace algo malo. En la mañana enfrenté al doctor y le pregunté: *¿Qué ha hecho esta noche?* Él inclinó la cabeza y dijo que había evocado al famoso Gabriel. Yo estoy convencida que el poder del nombre de Jesús y de la cruz impidió la obra demoníaca y sé que el espiritismo es algo del demonio ²⁰.

Un día por pertenecer a los círculos de Acción católica fue llamada a la Comisaría de policía y uno de ellos la llamó María de Lourdes. Ella anota: *Podía haberme llamado María de la Cruz*. La Cruz era mi amor y la quería por mi altar. La cruz era la compañera de mi vida desde mi infancia y ahora pedía la gran cruz para ser inmolada. Por espacio de 27 años permaneció en cama. El 24 de mayo de 1935 Marta Diciotti se convirtió en su ayudante por el resto de su vida.

CURACIÓN Y PREMONICIÓN

En enero de 1939 curó una niña de 14 meses. Un milagro decían todos. El milagro fue que no quise que su padre muriera de desesperación. No solo fue curada la pequeña Ana María, sino que nunca tuvo más problemas a los

²⁰ A pp. 251- 255.

pulmones. Y yo desde entonces tengo pleuritis. Hace unos días ha estado esa niña, ahora de 5 años, aquí. La he besado y pensaba: Eres más mía que de tu madre, porque yo te he dado la vida más robusta. Muchos dirían: ¡Qué tonta! No tenía suficiente con sus males. Sí tenía más que suficiente, pero ¿cómo hacer para impedir una desesperación del papá? No tenía otra alternativa que ofrecerme para obtener la curación y lo he hecho. Y estoy muy feliz de haberlo hecho ²¹.

El 12 de agosto de 1939 una premonición me advirtió que había venido la hora terrible. Tenía en Polonia una de mis hijas de la acción católica. Había ido a ganarse el pan para ella y para su madre. Una voz me decía (internamente). Dile que retorne de inmediato. Escribí una carta. Fue la última que pasó la frontera. El tren que trajo a esa mi hija, fue el último salido de la desgraciada Polonia (antes de la guerra mundial que comenzó allí el 1 de septiembre de ese año) ²².

ESCRITORA

María escribía, estando sentada en la cama, teniendo sobre sus rodillas el cuaderno, apoyado en una carpeta, hecha con sus manos, y usando una pluma estilográfica. No preparaba esquemas ni sabía qué había escrito día tras día. No entendía a veces el sentido profundo de ciertas páginas, no releía lo escrito ni lo corregía. No tenía necesidad de concentrarse ni de consultar libros, excepto la Biblia y el catecismo de Pío X. Podía ser preguntada sobre cualquier cosa y reemprender sin perder el sentido de lo escrito. No la detenían los dolores ni el deseo de descansar. Participaba toda ella misma en el escrito que fluía espontáneamente de su pluma de escritora. Incluso se prestaba a pequeñas labores domésticas que podía realizar sin moverse de la cama, como preparar la verdura o limpiar la jaula de los pajaritos. Sabía usar con maestría la aguja para coser. Normalmente escribía de noche según le dictaba la visión. Escribió más de 15.000 páginas. Escribió en diez tomos el Evangelio tal como le había sido revelado, donde narra el nacimiento, la infancia de la Virgen María y de su hijo Jesús, incluidos los tres años de su vida pública con su Pasión, Muerte y Resurrección y Ascensión. Además, también con los principios de la Iglesia y la Asunción de María. Describe paisajes, ambientes, personas, costumbres y otros sucesos con mucha viveza. Expone alegrías y dramas con el sentimiento de quien participa en ellos. Llama la atención la descripción de las circunstancias históricas, culturales, religiosas y profanas con datos que los expertos encuentran admirables. Escribió entre 1944 y 1947 y algunos episodios en 1951.

²¹ A p. 372.

²² A p. 384.

SU MUERTE

En los últimos años de su vida estaba tan enferma que no hizo absolutamente nada. Comía solo si le llevaban la comida a la boca, hablaba solo para repetir las últimas palabras de la frase que le decían. Y exclamaba constantemente: *Qué sol hay aquí*. Según los médicos, debía haber gritado de dolor. En dos o tres ocasiones especiales volvió en sí y dio una respuesta lúcida y profética a la pregunta que le hacían. Era un solo momento y de nuevo permanecía desmemoriada para este mundo.

Se consumió en la mañana del 12 de octubre de 1961. Tenía 64 años de edad y llevaba en cama 27 años y medio. El 2 de julio de 1973 sus restos mortales fueron trasladados a Firenze desde el cementerio de Viareggio, donde había sido enterrada, y fueron enterrados en una capilla del Claustro anejo a la basílica de la Anunciada.

Cuando el 5 de enero de 1960 oí el anuncio de que libro El poema del hombre-Dios había sido puesto en el índice de libros prohibidos, fue para mí una sorpresa terrible. Furiosa fui a la habitación donde estaba María. Estaba en profundo silencio. Le grité: *¿Has visto?* Tus escritos han sido puestos en el índice. Me miró y, a pesar de que y no hablaba y solo en rarísimas ocasiones respondía con pocas palabras, dijo: *Lo sabía y cayó en profundo silencio* ²³.

Yo nunca dudé del origen sobrenatural de sus escritos. ¿Cómo iba a escribirlos sin cultura adecuada y sin las inevitables consultas? ¿Y si lo que escribe es rigurosamente histórico, correspondiente a la realidad histórica? ¿Qué podemos decir? Ella previó el fascismo y su caída y la segunda guerra mundial antes de explotar con todas sus consecuencias. En sus años de enferma en cama, cuando ya había hecho su ofrecimiento al Señor como víctima, no solo del amor de Jesús sino también de su justicia, le subía la fiebre hasta 40 con frecuencia y tenía fuertes dolores. En el último mes de su vida, del 16 al 30 de septiembre de 1961, María dejó su casa, porque la llevaron a recuperarla a la clínica de las hermanas de la Dolorosa en Pisa. Pero los días pasaban y no había mejoría.

El padre Migliorini, de los siervos de María, era su confesor y director espiritual y le llevaba todos los días la comunión, aunque a veces lo hacían otros sacerdotes de su Comunidad. Lo maravilloso es que, a pesar de no comer casi nada, María le había pedido al Señor que le diera la gracia de aparecer de buen aspecto y no diera pena en su apariencia. El Señor se lo concedió y tenía buen semblante y no estaba enflaquecida como debería estarlo .

²³ Diciotti pp.79-80.

Su padre, el señor Giuseppe, murió en 1935 y fue enterrado en un columbario del cementerio de la misericordia. Ocho años más tarde el 4 de octubre de 1943, en plena guerra, murió su madre, la señora Iside. En 1961 murió ella que por expresa voluntad fue enterrada en un lugar muy cercano de la tumba de su madre en el cementerio de la misericordia. Y dice Marta Diciotti su ayudante: *Yo obtuve la gracia de poder trasladar sus restos para estar enterrados los tres en el mismo columbario del señor Giuseppe.*

Cuando los restos de María fueron exhumados, el encargado, ignorante de su pasado, exclamó: *Pero esta mujer estaba muy enferma de la columna. Sacó una vértebra y se veía que estaba deformada.*

ANOTACIONES DE MARTA

Cuando escribía lo hacía bajo dictado, pero a veces veía las escenas, no como una película que la ve un espectador, sino como parte integrante del ambiente que estaba viendo y sintiendo el olor nauseabundo de cosas putrefactas o el perfume agradable de los campos o la alegría de estar al lado de Jesús y escuchar sus palabras y ver su sonrisa y su mirada.

Según su ayudante Marta Diciotti, normalmente comía una vez al día y no mucho y, sin embargo, tenía energías para pasar a veces hasta siete u ocho horas escribiendo sin parar antes de descansar y eso teniendo casi permanentemente fiebre, que le subía en algunos momentos hasta 39 grados.

Su jaculatoria favorita y que repetía constantemente era: *Jesús en ti confío.* Y solía escribirla muchas veces, como si quisiera hacerla vida y que otros también la hicieran y la repitieran.

Muchos días algún sacerdote celebraba misa en su habitación y cuando ya estaba totalmente fuera de sí y parecía permanentemente dormida en los cuatro últimos años de vida, repetía a veces, sobre todo en el momento de la consagración, pero también en otros momentos: *Qué sol, qué sol hay aquí.*

En una ocasión dijo que la Virgen le había puesto al Niño Jesús en su regazo. Una vez la encontré totalmente extasiada. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y miraba delante de sí un poco hacia la derecha. Otra vez, en un Viernes Santo, me animó a ir a la iglesia y yo para contentarla me fui a la iglesia. Después de la larga función volví a casa. La encontré pálida como la cera con el rosario en la mano y llorando. Estaba en éxtasis y parece que tenía una visión muy dolorosa. No se dio cuenta de mi presencia y yo me quedé en silencio

mirándola. Después de unos minutos, ella volvió en sí y me vio ²⁴. En otra ocasión me dijo: *Ven, que quiero abrazarte*. Me abrazó y me besó. Quedé admirada y le pregunté el porqué de aquello y me respondió: *Porque Jesús me ha besado y quería transmitírtelo* ²⁵.

En el mes de julio de 1952 vino a nuestra casa don Lorenzo Ferri y le trajo a María la fotografía de la Sábana Santa en tamaño natural. Él era un investigador de la Sábana Santa de Turín. Colgó la fotografía de un armario delante de María, a unos tres o cuatro metros de distancia. María estuvo toda la noche en oración ante la fotografía. Ella, que conocía bien el rostro de Cristo por haberlo visto muchas veces en sus visiones, consideraba esa fotografía como auténtica de Cristo. Esa fotografía era la imagen de Jesús en el sepulcro ²⁶.

A fines de 1973, por la crisis petrolífera había carencia de kerosene. Lo necesitaba para poder pasar mejor las jornadas frías del invierno. En Navidad el frío se hacía sentir fuerte. Tuve un sueño en el que bajaba las escaleras por la mañana para lavarme antes de ir a misa, como hacía todas las mañanas, y junto a la estufa vi a María resplandeciente con un immaculado vestido largo. Se le veía joven y bella como se me aparece alguna vez, tenía en la mano el cubito que usaba para alimentar el combustible. Yo la miraba preocupada de que no se ensuciase. Ella se volvió hacia mí sonriente y serena, mientras yo le dije: *Dios mío, te vas a ensuciar con el cubito*. Al despertar por la mañana, pensé qué habría querido decirme María en el sueño. Pero al mediodía siento tocar en la puerta. Era la empresa de kerosene que sin petición de mi parte, inesperadamente, me enviaba diez bombonas de kerosene. Así se resolvía mi pequeño problema de calentamiento ²⁷.

El Señor se le aparecía en Viareggio generalmente a la derecha de su cama. Muchas veces yo iba a verla y decía que el Señor se había sentado en una silla que estaba siempre allí ²⁸. Ella tuvo muchas visiones del Señor y de la Virgen María y también de santos y ángeles. Allí también tuvo la visión del paraíso que había tenido en Viareggio en el año 1944. Alguna vez se le aparecía la Virgen a la izquierda y no a la derecha de su cama, a veces triste y hasta llorando. Las huellas indelebles de sus lágrimas se conservaban en un trozo de tela, un paño que María solía tener sobre la sábana para que no se ensuciase.

PERFUME SOBRENATURAL

²⁴ Diciotti, p. 193.

²⁵ Diciotti, p. 296.

²⁶ Diciotti pp. 200-201.

²⁷ Diciotti, pp. 52-53.

²⁸ Diciotti, p. 68.

Después que María murió, muchas veces he sentido un perfume. Una vez alquilé a una familia la casa desde el 1 al 15 de septiembre. Yo me hospedaba en casa del señor Benedetti y le ayudaba en su trabajo del restaurante. Antes de entregar la casa a los veraneantes, la limpié toda. Di una repasada a la habitación de María, que dejaba cerrada y que nunca alquilé. Después de haberla limpiado bien, dejé un buen ramo de gladiolos rosa en un vaso con agua. Cuando a los 15 días me entregaron la casa, entré a la habitación de María y, apenas entré, a pesar de estar cerrada durante dos semanas, sentí un perfume fuerte de lirio, violeta y no sé de qué otra flor. No me lo esperaba. Me conmoví, porque era como un saludo afectuoso de María, que se alegraba de mi regreso a casa. Cuando abrí la puerta, ese perfume se extendió por todas las habitaciones. Cuando María estaba viva y después de su muerte, sentí muchas veces ese maravilloso perfume. Era como si me abrazase y me diera la bienvenida ²⁹.

El 5 de febrero de 1975, después de haber visto televisión, subí a mi habitación para acostarme y me vino el deseo de echar una ojeada al prefacio de la nueva edición del Poema del hombre-Dios. Y al hacerlo, me vino una oleada de perfume de incienso muy fuerte, como se siente en la iglesia cuando dan la bendición eucarística ³⁰.

Muchas veces sentía yo perfumes muy intensos que podían asemejarse a algunos de la tierra, pero a la vez eran diferentes. Venían a oleadas tanto que una vez las personas que pasaban por la calle junto a la ventana lo sentían ³¹. Era un perfume sobrenatural que manifestaban la presencia de Jesús, de María, de algún santo o de algún ángel.

LOS DATOS CIENTÍFICOS

LIBROS PROHIBIDOS

Es un hecho que la teología desconfía de lo sobrenatural. Suele decirse que la Revelación está ya completada y que conocemos todo lo necesario para conseguir la salvación. Por tanto muchos eclesiásticos ven las revelaciones privadas y los milagros como cosas accesorias y sin autoridad. Algunos ven las revelaciones como un fenómeno de poca importancia, pero peligroso y procuran evitar complicaciones. Consideran que es mejor que pase el tiempo para poder pensar bien las cosas. En este caso la prudencia tradicional de la Iglesia parece oponerse a la urgencia de superar la falta de fe de nuestros contemporáneos.

²⁹ Diciotti, pp. 71-72.

³⁰ Diciotti, p. 74.

³¹ Diciotti, p. 222.

No se puede esperar mucho tiempo, cuando el mundo moderno está alejado de Dios y actúa contra Dios, llevando a muchas almas por el camino de la eterna condenación. Observemos el mundo actual con los abortos, eutanasia, ideología de género, matrimonios homosexuales, indiferencia religiosa, ateísmo y blasfemias constantes contra Dios y la Virgen Santísima. Dios puede decirnos por medio de María: *Ya basta*. Nos pide que mejoremos de vida y nos convirtamos, y recemos mucho por la conversión de los pecadores.

Hay un dicho latino antiguo que parece ser la norma de muchos eclesiásticos: *Bonum ex quacumque causa, malum ex quocumque defectu* (Es bueno cuando todo es bueno, pero si contiene el menor defecto, entonces es malo). Por supuesto que este supuesto principio no es muy veraz ni teológico, pues fallos humanos siempre habrá o se pueden suponer al no entender cosas de las revelaciones. Y entonces, la solución es fácil como se ha visto en la mayoría de los casos es: *Non constat* (No consta) la sobrenaturalidad. Y de esta manera prohíben en cierta medida el culto y la asistencia al lugar sagrado, impidiendo innumerables bendiciones que Dios tenía previstas para todos los devotos. Son muchos los milagros y curaciones que se pierden así. Y ¿quién es el culpable de tantas bendiciones perdidas? Por eso, es digno de encomio la actitud del obispo de Tarbes (del que depende Lourdes). Cuando las autoridades civiles quisieron prohibir el acceso a la gruta de Lourdes, él dijo que no se podía prohibir, porque la oración era buena en todas partes. Sin embargo, por más milagros y curaciones que Dios haga, siempre habrá quien lo niega todo.

Como afirmaba el Prefecto para la Doctrina de la Fe, cardenal Ratzinger: *No podemos impedir que Dios hable a nuestro tiempo a través de personas sencillas y valiéndose de signos extraordinarios que denuncian la insuficiencia de las culturas que nos dominan, contaminadas de racionalismo y positivismo.*

Anotemos que la función de las revelaciones privadas y apariciones no es completar la revelación sino poner el Evangelio ante nuestros ojos ciegos y ante nuestros oídos sordos de una manera más actual y más viva. Es decir, ayudarnos a vivir mejor nuestra fe. Las apariciones y revelaciones son una gracia grande Dios. Son como una estrella en la noche que marca el camino que se había perdido por habernos alejado de Dios por tanta mundanidad que se había metido en nuestra vida.

El cardenal Ottaviani tenía prevención contra toda clase de hechos milagrosos o revelaciones, al igual que otros obispos y eclesiásticos. En vez de acoger una aparición como una buena noticia capaz de despertar a la verdadera fe los corazones dormidos de millones de católicos, lo ven como algo incómodo y peligroso. De ahí que la primera preocupación de algunos obispos es buscar

fallos, ocultar, limitar o frenar el insólito fenómeno. ¡Es tan fácil encontrar algunos fallos humanos!

¡Cuántos milagros y curaciones hizo Jesús en su vida terrenal! Sin embargo muchos no creyeron ni creen en ellos, ni siquiera en su resurrección. Por eso, no es de extrañar que siempre haya habido y haya personas que nieguen todo lo sobrenatural.

El padre René Laurentin afirmaba con conocimiento de causa: *Si las apariciones de Lourdes hubieran sido hoy, no habrían sido aprobadas. Y anota: Cuando una persona que se ha convertido en Medjugorje, oye decir a un sacerdote: “Usted vive en una ilusión, porque todo eso es mentira y usted ha seguido un camino de desobediencia puesto que esas apariciones no han sido reconocidas por la Iglesia, queda turbada y perpleja”. Puede decir: “Yo no creía en nada. Y, si estas apariciones que me han restituido la fe, son ilusión, según ustedes, ¿no sería lógico concluir que todo es ilusión o bien que hay que buscar la verdad religiosa fuera de la Iglesia?”*³².

Para los videntes auténticos las apariciones son encuentros personales con Jesús, María o los santos. Es conocer de primera mano por experiencia personal el mundo sobrenatural, que solo conocemos por la fe. De esta manera pueden vivir más plenamente la realidad de la fe, que no contiene solo dogmas teóricos, sino verdades eternas, que debemos vivir en nuestra propia vida.

De todos modos no perdamos de vista que el creer en las revelaciones privadas no es obligatorio y que la decisión del obispo o de la Santa Sede es solo a título de probabilidad, pero no de modo infalible. Por eso, estas decisiones pueden ser rectificadas.

Veamos algunas normas que el 25 de febrero de 1978 dio la Congregación para la doctrina de la fe (antiguo Santo Oficio) para discernir las presuntas apariciones y revelaciones privadas:

Para ser creíbles las revelaciones privadas, es preciso analizar que no vayan contra la fe y la moral. Si el supuesto vidente lleva una vida correcta y ordenada como buen católico. Si tiene equilibrio psíquico, excluyendo cosas de histeria, psicosis, etc. Si el vidente realiza actos inmorales o sus seguidores. Si hay afán de lucro económico. Si tiene respeto y obediencia a las autoridades eclesíásticas. Esto se ha visto claramente en María Valtorta.

³² Laurentin René, *Apariciones actuales de la Virgen María*, Ed. Rialp, Madrid, 1989, p. 41.

Los dos directores de María, de la Congregación de los siervos de María, P. Berti y Migliorini, consiguieron una audiencia con el Papa Pío XII el 26 de febrero de 1948. El Papa manifestó conocer la Obra del Poema del Hombre Dios y aconsejó: *Publicadla así como está*. Al año siguiente 1949 el cardenal Ottaviani, presidente de la Congregación del Santo Oficio, frenó la iniciativa de publicarla. Cuando años después fue publicada en 1959, la pusieron en el Índice de libros prohibidos.

Los libros estuvieron en el Índice de libros prohibidos, pero este Índice fue suprimido por Pablo VI el 14 de octubre de 1966 al derogar los cánones del antiguo código canónico N°s. 1399 y 2318. Esto significaba que los católicos podían a partir de la fecha publicar sucesos de revelaciones privadas, visiones, profecías y milagros sin necesidad del imprimatur o Nihil Obstat o cualquier otro permiso. Igualmente nadie podía ya incurrir en censura eclesiástica por frecuentar lugares de apariciones, aun aquellas no reconocidas por los obispos o por el Santo Padre, al quedar abrogado el canon 2318. Ese decreto fue firmado por el cardenal Ottaviani, presidente del Santo Oficio, con el Visto Bueno del Papa Pablo VI.

No olvidemos que en cuestión de revelaciones privadas y apariciones las decisiones de los obispos o de la Santa Sede son solo recomendaciones, no son dogmas de fe ni decisiones infalibles. De hecho muchas de estas decisiones negativas fueron rectificadas. Los católicos no están obligados a creer o no creer en las revelaciones privadas o apariciones. Pero si se ve claro que no hay en ello nada contra la fe católica, que la vida de la persona que declara las apariciones o revelaciones es conforme con las buenas costumbres y no tiene problemas psicológicos ni hay afán de lucro, obedeciendo y respetando a las autoridades eclesiásticas, entonces se puede creer, ya que de otro modo se podrían perder muchas bendiciones que Dios quiere darnos por medio de esas apariciones o revelaciones privadas, aunque no sean definidas como sobrenaturales ni dogmas de fe.

El hecho de que María Valtorta se describa a sí misma como secretaria, pequeño Juan o Juanito (como si fuera un san Juan evangelista en pequeño) no es ningún dato negativo, pues santa Faustina Kowalska se describe a sí misma como secretaria de la divina misericordia sin que ello quiera decir que está al mismo nivel que la Sagrada Escritura.

CONDENAS EQUIVOCADAS

Al padre Pío se le prohibió celebrar la misa en público y confesar, considerándolo como un mentiroso, histérico y falsificador de sus llagas. Después la Iglesia tuvo que rectificar y ahora se le considera un gran santo. El

Diario de Santa Faustina Kowalska fue puesto en el Índice y prohibida la devoción del Señor de la Misericordia hasta que vino el Papa Juan Pablo II y la aprobó y promovió. También fue condenada la mística Yvonne Aimée de Malestroit.

A santa Juana de Arco la condenaron a morir en la hoguera, varios eclesiásticos afines a los ingleses. Cinco siglos después fue reconocida su santidad y declarada santa. Santa Teresa de Jesús fue considerada fuera de la Iglesia al ser nombrada Priora del primer Carmelo reformado. San Juan de la Cruz fue puesto en prisión por haber apoyado a santa Teresa. El padre Joseph Kantenich fue exilado durante 14 años a los Estados Unidos, lejos del santuario de Schöntatt. San Luis María Grignon de Montfort fue rechazado como predicador y el Calvario que había construido en Pontchateau fue destruido. El cura de Ars fue reprendido por su obispo y tuvo que ponerse de rodillas y pedirle perdón. La Madre Teresa de Calcuta tuvo que esperar 20 años para poder empezar la fundación de su nueva Congregación, a la que Dios la llamaba.

Marta Robín fue considerada como loca e iluminada, y ya está en camino de ser santa. Estuvo 50 años sin comer, ni beber ni dormir. El mensaje de Fátima de consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de María tuvo que esperar a que Juan Pablo II lo hiciera en 1984.

ESCRITOS CONFORMES A LA CIENCIA

El famoso mariólogo Gabriele Roschini, después de haber leído en 1972 los escritos de María Valtorta, publicó un libro con el título *La Madonna negli scritti di María Valtorta* y escribe: Debo confesar que la mariología de los escritos, publicados o no, de María Valtorta ha sido una verdadera revelación para mí. Ningún otro escrito mariano de tantos que he leído me ha dado una idea tan clara, viva y completa... Quien quiera conocer a una Virgen María en perfecta sintonía con el Magisterio de la iglesia y en especial con el concilio Vaticano II, con el Biblia y la Tradición, lea la mariología de Valtorta.

El padre Gabriele María Allegra, misionero en China y biblista, que tradujo la Biblia entera al chino, fundó el Estudio bíblico de Pekín y está en proceso de beatificación, escribió al padre Fortunato Margotti: Sobre el poema del hombre-Dios no creo que un genio pueda realizar así la narración evangélica: *Aquí está el dedo de Dios. Aquí siento el perfume del Evangelio. Este libro es para mí un hecho de la divina misericordia para la Iglesia, para las almas sencillas, para los corazones que son evangélicamente niños* ³³.

³³ Stanzione Marcello y Guido Landolina, *María Valtorta e gli angeli*, Ed. Gribaudi, 2019, pp. 43-47.

Jean François Lavère escribió: Ella estuvo más de 60 años inmovilizada en cama por una enfermedad crónica. María Vitoria escribió de su puño y letra en apenas 4 años más de 15.000 páginas sobre la vida de Jesús. Esta obra se refiere a la totalidad de los evangelios con todo el contexto sociocultural. Ella nombra cientos de lugares y describe con exactitud detalles del panorama, calles, cursos de agua, relieves del terreno, monumentos, no disponiendo en absoluto de documentación especializada. Es sorprendente que ella, teniendo una buena inteligencia y excelente memoria, no había ni siquiera terminado sus estudios de secundaria. La obra abunda en datos exactos desde el punto de vista histórico, topográfico, arquitectónico, geográfico, etnológico, cronológico, etc. Da algunas precisiones conocidas solo por algunos eruditos y en ciertos casos da datos desconocidos en el momento y que después fueron confirmados por los investigadores.

Menciona al monte, que está *a las espaldas de Efraín y es un gigante verde que domina a otros*. Este monte no puede ser otro que el actual Tel Asour, que con sus 1011 metros es el punto más alto de Judea-Samaria. Cuando habla de la estadía de la Sagrada familia en Egipto, parece que ignora su localización. Dice: El lugar es en Egipto. Veo el desierto y una pirámide y un poco más allá el sol parece que incendia las arenas con la pirámide lejana. Más adelante nos habla del lugar de Matarea como lugar de estancia de la Sagrada Familia, que es un barrio de Heliópolis a unos 20 Kms de las tres pirámides de Gizeh. Era una tierra hospitalaria para los judíos perseguidos. En tiempos de Jesús habitaba allí una importante colonia judía. La mención de Matarea como refugio de la Sagrada Familia está también en el evangelio gnóstico de Santo Tomás, del siglo II. En ese lugar se venera hasta hoy la fuente de la Virgen y el árbol de María, recordados también en el texto de María Valtorta.

Ella habla de un pirámide cuando en realidad eran tres: Keops, Kefrén y Micerino. Ella veía desde su puesto solo una, porque las tres estaban colocadas en el mismo eje y se ven como una sola desde Matarea. La pirámide de Keops oculta a las otras dos. Y eso que parece un error es en realidad perfectamente coherente ³⁴.

También menciona a Alejandrosene, antigua ciudad, poco conocida, que ella describe con exactitud y detalles. Escribió con precisión la costa israelí-libanesa al igual que una antigua ciudad olvidada que solo figura en algún raro documento y conocida actualmente de pocos especialistas. La citación o descripción de numerosos lugares de Palestina, conocidos en 1944 solo por algunos pocos eruditos, es una de las cosas incomprensibles para los expertos.

³⁴ Valtorta María, *Confirmation par la science*, Ed. Marie de Nazareth, 2021, p. 42.

Veamos. Jotapata, actual Tel Yodefata, es perfectamente descrita por Valtorta y solo descubierta por los arqueólogos entre 1992 y 1994. Magdala, pequeño pueblo sobre una colina, es mencionado una sola vez en la Biblia (Josué 15, 37). Doco era una ciudad hoy desaparecida y olvidada, pero María la menciona unas 15 veces como lugar de paso para quien sigue la ribera del Jordán de norte a sur y atraviesa Judea de Betel a Jericó. De hecho María Valtorta nombra con su nombre más de 300 lugares, montes, ríos, regiones y otros datos geográficos y los localiza con exactitud.

Un investigador se maravilló al encontrar una fuente en la que había bebido Jesús y de la que Valtorta hablaba en sus escritos. Encontró la realidad geológica y minerológica que él había estudiado en Tierra Santa y no cesaba de maravillarse por algunas afirmaciones sobre cosas realmente existentes en tiempo de Jesús. Y se preguntaba cómo era posible que María pudiera saber esas cosas sin haber estado nunca en Palestina.

El reconocimiento de los lugares descritos por María en el Poema del Hombre-Dios han sido confirmados por expertos, a pesar de las inevitables transformaciones, debidas al paso de veinte siglos y de las actividades transformadoras de plantas, animales, vientos, lluvias y de la mano de los hombres ³⁵.

El doctor Vittorio Tredici, geólogo y especialista en minerales, dijo: Quiero subrayar la precisión inexplicable del conocimiento de la autora en cuanto a Palestina en sus aspectos panorámicos, topográficos, geológicos y mineralógicos. Jean Aulagnier, reconocido especialista en calendarios de la antigüedad, escribió un libro en 1995 sobre María Valtorta y dice: Habiendo establecido una cronología científica de todos los eventos y ocurrencias en la obra de María Valtorta, yo solo puedo decir que continúa siendo inexplicable de otra forma, fuera de la intervención divina.

El arzobispo Alfonso Carinci, secretario de la Congregación de ritos, escribió: *No hay nada contrario al evangelio. Más bien este trabajo es un buen complemento al evangelio y contribuye a una mejor comprensión de su significado.*

El padre Agostino Bea, rector del Instituto bíblico pontificio, manifestó: *He leído en manuscrito mecanografiado muchos de los libros escritos por María Valtorta. En cuanto a exégesis no encontré ningún error en las partes que yo examiné.*

³⁵ Diciotti, p. 150.

Jean François Lavère escribió el libro *Dictionnaire des personnages de L'Évangile selon María Valtorta y otro Dictionnaire géographique de l'Évangile d'après Maria Valtorta*. Estudió sistemáticamente 10.000 datos de los escritos de María Valtorta sobre ciudades, lugares geográficos y edificios antiguos, 750 personajes históricos, 200 especies de animales, 50 especies de minerales locales y 150 de plantas. También examinó los datos sobre 70 naciones, regiones, provincias y grupos étnicos antiguos.

Escribió una obra con René Laurentin y François Michel Debroise. El padre François Paúl Dreyfus quedó asombrado de encontrar en los escritos de María Valtorta el nombre de seis o siete villas que no aparecen ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento. Nombres que solo son conocidos por pocos especialistas y gracias a fuentes no bíblicas ³⁶.

Los datos que presenta María Valtorta se refieren a varias áreas científicas, pero ella solo disponía de la Biblia y el Catecismo de San Pío X. Como escribe antes de 1960, describe decenas de sitios arqueológicos, entonces desconocidos y que se descubrieron después de 1961.

Cuando ella habla de lo que comía Jesús y sus discípulos, no comete ningún error como podría haber sido, si hubiera hablado de arroz, zanahorias, tomates o patatas, que no había en Palestina en tiempo de Jesús. Cita lugares como Abelmaïn, Betlechi, Lesendam o Paleocastro, lugares solo conocidos por pocos expertos. También cita personas poco conocidas como Tusnilda, Fotina, Plautina, Sidonia o Cecilio Máximo. Cita animales que ahora no hay en Palestina y sí había en tiempos de Jesús como asnos salvajes (onagros) o cocodrilos cerca de Cesárea. Y describe muy bien algunas cosas como olivos, almendros, terebintos, centeno, avena...

Describe las fiestas romanas en honor de Ceres. Durante siglos nadie pudo situar dónde estaban las ciudades de Corozain, Betsaida o Cafarnaúm. María Valtorta las sitúa muy bien y su descripción fue confirmada por los arqueólogos.

También describe la ubicación del palacio de Lázaro en Jerusalén. Como Jerusalén fue arrasada el año 70 por Tito, cuando María Valtorta recibe las visiones en 1944 ningún edificio se encontraba del siglo primero. Solo en 1983 se descubrió un monumento del periodo herodiano. María Valtorta indicó que el palacio de Lázaro estaba sobre la colina de Sion, cerca del centro de la ciudad, ligeramente hacia el sudoeste; y estos datos permitieron al ingeniero Hans

³⁶ Valtorta María, *Confirmation par la science*, o.c., p. 25.

Hopfen (1904-1997) colocar el palacio de Lázaro en el mapa de Jerusalén antiguo.

Algo interesante es que describe una serie de utensilios comunes empleados en el año 30 en Palestina. Y habla de técnicas, trabajos y actividades humanas que hoy han desaparecido. Estos datos están de acuerdo con lo que nos dicen escritores antiguos como Catón, Varrón, Plinio, Paladio, Columela y otros. Los arqueólogos han sacado a la luz muchos de estos utensilios en las excavaciones. Y no olvidemos que María Valtorta escribe en ocasiones al dictado y otras viendo las visiones y participando en ellas, oliendo los olores del ambiente, sintiendo la temperatura, oyendo las voces de los presentes y participando de sus sentimientos.

VISIONES

VISIÓN DE SAN ESTEBAN DEL 7 DE AGOSTO DE 1944

Veo el aula del Sanedrín. Es la misma de la noche entre el Jueves y el Viernes, cuando acogió a mi Jesús; también la disposición es la misma. El Sumo Sacerdote y todos los demás están en sus respectivos escaños; en medio del aula, en el espacio vacío donde estaba Jesús se encuentra ahora un joven de unos 25 años, es alto y bello. A su alrededor hay esbirros y alumnos del Sanedrín; en realidad, no sé si se llaman así, pero como me parecen estudiantes al servicio de los rabinos, les llamo alumnos.

Esteban ya debe de haber hablado, porque el tumulto ha llegado al colmo y sólo puede ser comparado con el vocerío asesino que acompañó la salida de Jesús del aula. Contra el diácono Esteban se lanzan puñetazos, maldiciones y blasfemias y hasta golpes brutales

Pero él conserva su calma y su dignidad: En verdad, más que calma es júbilo. Con el rostro inspirado e iluminado, sin preocuparse por los salivazos que bañan sus mejillas ni por el hilo de sangre que le desciende de la nariz debido al violento puñetazo recibido, alza los ojos y sonríe a algo que sólo él ve. Abre los brazos en cruz y los tiende como para un abrazo y de este modo cae de rodillas, adorando y exclamando: “¡Veo los cielos abiertos y veo que Jesús de Nazaret, el Hijo del Hombre, el Cristo de Dios que vosotros habéis matado, está a la diestra de Dios!”.

Entonces en tropel, abandonando toda apariencia de humanidad y de legalidad y con la furia de una jauría de mastines hidrófobos, se abalanzan

sobre el diácono, le muerden, le aferran, le ponen de pie a fuerza de puntapiés, le empujan hacia fuera a fuerza de puñetazos, tirándole de los cabellos, haciéndole caer, arrastrándole, creando obstáculos a su furia con su propia furia, porque en la reyerta el que pisotea al mártir obstaculiza al que intenta arrastrarle.

Entre los más crueles y vehementes está el feo joven —al que llaman Saulo— que antes he visto hablar con el rabino y es fariseo. Lo lamento por el apóstol..., pero antes de consagrarse a Cristo parecía un gamberro.

Veo también al fariseo y doctor (en un rincón en penumbra me parece ver también a Nicodemo), que es uno de los pocos que no participa en la violenta riña. Ha permanecido siempre silencioso, tanto durante la acusación como en el momento de la sentencia de condenas y, disgustado por esa escena ilegal y feroz, se envuelve en su amplísimo manto y se dirige hacia una salida situada en la parte opuesta a la de la salida hacia la cual se encamina la turba de los verdugos.

Saulo no deja de advertir el movimiento y le grita: “¿Te vas, rabí? y, como el otro parece no comprender que la pregunta está dirigida a él, Saulo aclara: “¿Te abstraes de este juicio, rabí Gamaliel?”.

Gamaliel se vuelve completamente y, mirándole con frialdad y altivez, le responde simplemente: “Sí”, pero ese “sí” vale como un discurso entero.

Saulo comprende y, abandonando la jauría, corre hacia él. “Maestro, no me digas que desapruebas nuestra condena”. No hay más respuesta que el silencio.

“Ese hombre es culpable doblemente; lo es por haber renegado a la Ley al seguir a un samaritano poseído por Belcebú y también por haberlo hecho tras haber sido tu alumno”.

Otra vez hay sólo silencio.

“¿Acaso eres un secuaz del malhechor llamado Jesús?”.

“No lo soy, pero si él era el que se decía, ruego al Altísimo que me convierta en su secuaz”.

“¡Qué horror!”.

“No es un horror. Todos tenemos una inteligencia que emplear y una libertad para aplicarla. Que cada uno la use de acuerdo con esa libertad que Dios ha dado y esa luz que nos ha puesto en el corazón. Los justos la usarán para el bien; los malvados, para el mal. Adiós”. Y se va sin preocuparse por ninguna otra cosa.

Saulo se reúne con los verdugos en el patio, sale del Templo con ellos y con ellos atraviesa las puertas de la ciudad, siempre en medio de golpes e insultos.

Una vez fuera de las murallas, los verdugos se disponen en círculo en un lugar pedregoso y baldío. En el centro del círculo está el condenado, cubierto de sangrantes heridas y con las ropas desgarradas. Todos se quedan vestidos sólo con cortas túnicas, como la que Saulo llevaba en la visión de anoche. Le dan las ropas a éste, pues él no participa en la lapidación, no sé si porque es demasiado pequeño o porque sabe muy bien que no tiene habilidad de lanzador o porque le han tocado las palabras de Gamaliel. El hecho es que, vestido con la larga túnica y el manto, se queda vigilando las ropas de los demás, que matan al mártir a pedradas sin dificultad, pues las piedras —tanto redondeadas como puntiagudas— abundan en ese lugar.

Esteban recibe los primeros golpes de pie, con una sonrisa de perdón en los labios heridos. Antes, esos labios se han abierto para saludar a Saulo. Mientras la multitud enfurecida se disponía en círculo y Saulo estaba ocupado en retirar las ropas, le había dicho: “Amigo, te espero en el camino de Cristo”. Pero Saulo le había repuesto, acompañando las injurias con un vigoroso puntapié: “¡Puerco! ¡Poseído!”.

Luego Esteban vacila y bajo la granizada de golpes cae de rodillas, diciendo: “¡Jesús, Señor mío, recibe mi espíritu!”. Por los nuevos golpes, que le atormentan la cabeza herida, Esteban se desploma y mientras cae y su cabeza termina entre las piedras, apoyada en su sangre, murmura expirando: “Señor, Padre,... perdónales... no les tengas rencor por su pecado. No saben lo que...”. La muerte detiene la frase en este punto.

Los verdugos arrojan las últimas piedras sobre el muerto, que queda casi sepultado por ellas, vuelven a vestirse y se van. Regresan al Templo y los más exaltados, ebrios de celo satánico, se presentan al Sumo Sacerdote para solicitar carta blanca en las persecuciones.

Entre ellos, el más exaltado es Saulo. Tras haber recibido la carta de autorización —que consiste en un pergamino con el sello del Templo en rojo— sale de allí. No pierde tiempo. Se prepara enseguida para el viaje y la persecución. La sangre de Esteban ha surtido sobre él el mismo efecto que el color rojo en el toro o que el vino en un alcoholizado. Es decir, le ha enfurecido. Se le ve más feo que nunca. Y que el apóstol me perdone, pero tengo que decir lo que veo.

Mientras está esperando no sé a quién, ve a Gamaliel, que está apoyado en la columna, y va hacia él. Tengo la impresión de que Saulo era una de esas personas que nunca dejan de lado una discusión y que, por el contrario, siempre vuelven al asalto con la insistencia de una mosca, tanto para mal, como fue al principio, como para bien, como fue después ³⁷.

SANTA CECILIA (VISIÓN DEL 22 DE JULIO DE 1944)

Oigo que la llaman: “Cecilia, Cecilia” y por fin veo su rostro, porque ahora está erguida ante el Pontífice y se ha alzado un poco el velo. Es sumamente bella y sumamente joven. Es alta, sus formas son esculturales y llenas de gracia; el trato es muy distinguido; tiene una voz hermosa y la sonrisa y la mirada son angelicales. Algunos cristianos la saludan con los ojos húmedos, otros con una sonrisa. Algunos le preguntan cómo es posible que se haya decidido a contraer bodas terrenas; otros, si no teme la ira del patricio cuando éste descubra que es cristiana.

Una virgen lamenta que Cecilia renuncie a la virginidad y ella le da esta respuesta que, en realidad, está dirigida a todos: “Te equivocas, Balbina. No renuncio a ninguna virginidad. He consagrado a Dios tanto mi cuerpo como mi corazón y permanezco fiel a Él. Amo a Dios más que a mis parientes; pero les amo tanto aún que no quiero que les alcance la muerte antes de que Dios les llame. Amo a Jesús, Esposo eterno, más que a cualquier hombre. Mas amo tanto a los hombres como para recurrir a este medio para no perder el alma de Valeriano. Él me ama y también yo le amo castamente; le amo perfectamente hasta el punto de quererle junto a mí en la Luz y en la Verdad. No temo su ira. Espero en el Señor para lograr vencer. Espero en Jesús para cristianizar al esposo terreno. Mas si no logro esta victoria y se me castiga con el martirio, obtendré aún más rápidamente mi corona. ¡Pero no...!, veo descender del cielo tres coronas: dos son iguales y la otra está hecha con tres hileras de gemas. En las dos iguales resplandece el rojo de los rubíes. La tercera está formada por dos fajas de rubíes en torno a otra, más gruesa, de purísimas perlas. Ellas nos están esperando. No temáis por mí. La potencia del Señor me defenderá. Muy pronto nos encontraremos reunidos en esta iglesia para saludar a nuevos hermanos. Adiós. En Dios”.

Salen de las catacumbas. Todos se envuelven en capas oscuras y se escabullen por las calles sumidas aún en la semioscuridad, porque el alba apenas está surgiendo.

³⁷ Cuadernos 1944, pp. 520-523.

La sigo a Cecilia, que se va con un diácono y algunas vírgenes. Se separan en la puerta de un amplio edificio. Cecilia entra junto con otras dos vírgenes. Probablemente son dos doncellas. El portero debe de ser cristiano, porque las saluda diciendo: “¡Que la paz sea contigo!”.

Cecilia se refugia en su cuarto, reza con las otras dos y luego se deja preparar para las bodas. La peinan muy bien. Le ponen un traje muy refinado, de lana blanquísima, adornado con una franja bordada en el mismo color; parece bordada con perlas y plata. La engalanan con adornos en las orejas, en los dedos, en el cuello, en las muñecas. La casa va cobrando vida. Entran algunas matronas y otras doncellas. Es un ir y venir alegre e ininterrumpido.

Luego presencio los que me parecen ser esponsales paganos: la llegada del esposo entre músicas e invitados, el rito de los saludos, las aspersiones y otras cosas semejantes, la salida en una parihuela hacia la casa del esposo, completamente engalanada debido a la fiesta. Noto que Cecilia pasa por debajo de arcos formados con franjas de lana blanca y ramos que me parecen de arrayán; la veo detenerse ante el larario (pequeño altar sagrado para hacer ofrendas a los dioses), según creo, y allí se repiten nuevas ceremonias de aspersiones y fórmulas particulares. Veo que los dos se dan la mano y oigo que repiten la frase ritual: “Ubi tu Gaius, ego Gaia”.

Hay muchísima gente y vestida casi igual; no veo más que togas y togas y togas.

Luego Cecilia, de la mano del esposo, recorre todo el atrio (no sé si es éste el nombre), es decir, la sala con nichos y columnas donde se encuentra el larario y saluda las estatuas de los que creo son los antepasados de Valeriano. Luego pasa bajo otros arcos de arrayán y entra en la casa propiamente dicha. En el umbral le ofrecen dones, entre otras cosas un huso y una rueca, que le tiende una anciana matrona. No sé quién es.

La fiesta inicia con el consabido banquete romano y se prolonga entre cantos y danzas. La sala es muy suntuosa, como toda la casa. Hay un patio (creo que se llama impluvium, pero no recuerdo bien la nomenclatura de la edificación romana ni sé si la aplico correctamente) que es un verdadero primor, constituido por fuentes, estatuas y cuadros de flores. El triclinio se encuentra entre este patio y el jardín, denso y florecido, que está detrás de la casa; lo adornan estatuas de mármol y fuentes bellísimas entre las matas.

Me parece que transcurre mucho tiempo porque va cayendo la tarde. Se ve que para los romanos no existían las tarjetas de racionamiento, porque el

banquete no termina nunca. Es cierto que hay pausas dedicadas a los cantos y danzas, pero aun así...

Cecilia sonríe al esposo que le habla y la mira con amor, pero parece algo distraída. Valeriano le pregunta si está cansada y, probablemente para hacer algo de su agrado, se levanta para despedir a los huéspedes.

Cecilia se retira a los aposentos de su nueva casa. Sus doncellas cristianas están con ella; rezan y Cecilia moja un dedo en una copa preparada probablemente para su aseo personal y traza una ligera cruz oscura en el mármol de la pared. Las doncellas le quitan el suntuoso traje y la visten con una simple túnica de lana, desprenden las preciosas horquillas que sujetan su cabello, se lo sueltan y luego se lo anudan en dos trenzas. Así, sin joyas, sin rizos, con las trenzas que le caen sobre los hombros, Cecilia parece una adolescente y juzgo que tendrá entre 18 y 20 años.

Rezan la última plegaria y luego, a una señal de Cecilia, las doncellas salen y vuelven con otras de más edad; seguramente, son las de la casa de Valeriano. Forman como un séquito que avanza hacia un magnífico aposento y las más ancianas acompañan a Cecilia hasta el lecho, que es bastante semejante a las camas turcas que se ven hoy, pero la base es de marfil con incrustaciones y a los cuatro lados hay columnas también de marfil, que sostienen un baldaquín color púrpura. También el lecho está cubierto con riquísimas telas de ese color. La dejan sola.

Entra Valeriano con los brazos tendidos hacia Cecilia. Se ve que la ama intensamente. Cecilia responde a su sonrisa sonriéndole a su vez, pero no va a su encuentro. Permanece de pie en el medio del cuarto porque, tan pronto como han salido las ancianas doncellas que la habían depositado en el lecho, ha vuelto a levantarse.

Valeriano queda sorprendido. Cree que sus doncellas no la han servido como se debe y ya está por dirigirse airado hacia ellas. Pero Cecilia le calma, diciéndole que es ella quien ha querido esperarle de pie.

“Entonces ven, Cecilia mía”, dice Valeriano intentando abrazarla. “Ven, pues te amo tanto”.

“También yo te amo, pero no me toques. No debes ofenderme con caricias humanas”.

“¡Pero Cecilia... eres mi esposa!”.

“Valeriano, pertenezco a Dios. Soy cristiana. Te amo, pero con el alma puesta en el cielo. No te has casado con una mujer sino con una hija de Dios, al

que sirven los ángeles. Y, precisamente, el ángel de Dios está conmigo para defenderme. No ofendas a esta celeste criatura con los actos del amor trivial. Serías castigado”.

Valeriano se queda pasmado. Al principio está paralizado por el estupor, pero luego predomina la ira por haber sido burlado y entonces se agita y grita. Su reacción es violenta, propia de quien ha quedado decepcionado justo cuando estaba a punto de alcanzar lo que quería. “¡Me has traicionado! Te has burlado de mí. No creo, no puedo ni quiero creer que seas cristiana. Eres demasiado buena, demasiado bella e inteligente como para pertenecer a esa inmundada pandilla. ¡No!... Es una broma. Quieres jugar como si fueras una niña; en realidad, se trata de tu fiesta. Pero la broma es demasiado atroz. Basta. Ven a mí”.

“Soy cristiana. No bromeo. Me glorío de serlo, porque serlo quiere decir ser grandes en la Tierra y más allá de ella. Te amo, Valeriano. Te amo tanto que he venido a ti para llevarte a Dios, para tenerte conmigo en Dios”.

“¡Te maldigo, mujer loca y perjura! ¿Por qué me has traicionado? ¿No temes mi venganza?...”.

“No, no la temo porque sé que eres bueno y noble y que me amas. No, no la temo porque sé que no te atreverías a condenar sin la prueba de la culpa. Y yo no tengo culpas...”.

“Mientes cuando hablas de ángeles y de dioses. ¿Cómo puedo creer en esas cosas? Tendría que verlas y si las viese... si las viese, te respetaría como a un ángel. Pero, por ahora, eres mi esposa. No veo nada. Te veo sólo a ti”.

“¿Puedes creer que yo mienta, Valeriano? ¿Puedes creerlo justo tú, que me conoces? Valeriano, las mentiras pertenecen a los viles. Cree en lo que te digo. Si quieres ver a mi ángel, cree en mí y le verás. Cree en quien te ama. Mira: estoy sola contigo. Podrías matarme. No tengo miedo. Estoy en tus manos. Podrías denunciarme al Prefecto. No tengo miedo. El ángel me ampara con sus alas. ¡Oh, si le vieras!...”.

“¿Cómo podría verle?”.

“Podrías, si crees en lo que te digo. Mira: sobre mi pecho hay un pequeño pergamino. ¿Sabes qué es? Es la Palabra de mi Dios. Dios no miente y Dios ha dicho que nosotros, los que creemos en Él, no debemos tener miedo, pues las serpientes y escorpiones no tendrán veneno para nuestro pie...”.

“Sin embargo, también vosotros morís a millares en la arena...”.

“No, no morimos. Vivimos eternamente. El Olimpo no existe. El Paraíso existe. Allí no hay dioses embusteros que albergan pasiones brutales. Hay sólo ángeles y santos en la luz y las armonías celestes. Las oigo... Las veo... ¡Oh, Luz! ¡Oh, Voz! ¡Oh, Paraíso! ¡Desciende! ¡Desciende! Ven a apropiarte de este hijo tuyo, de este esposo mío. Dale tu corona antes a él que a mí. A mí dame el dolor

de quedar sin su afecto pero, al mismo tiempo, la alegría de verle amado por Ti, en Ti, antes de que yo te alcance. ¡Oh, cielo gozoso! ¡Oh, eternas bodas! Valeriano, estaremos unidos ante Dios, seremos esposos vírgenes, felices con nuestro amor perfecto...”. Cecilia está en éxtasis.

Valeriano la mira conmovido, con admiración. “¿Cómo podría... cómo podría obtenerlo? Soy un patricio romano. Hasta ayer no vacilé en jaranear y fui cruel. ¿Cómo puedo ser como tú, ángel mío?”.

“Mi Señor ha venido para dar la vida a los muertos, a las almas muertas. Renace en Él y serás semejante a mí. Juntos leeremos su Palabra y tu esposa estará dichosa de ser tu maestra. Luego te llevaré conmigo hasta el Pontífice santo. Él te dará la completa luz y la gracia. Y como un ciego al que se le iluminan las pupilas, verás. ¡Oh! ven, Valeriano, y escucha la Palabra eterna que canta en mi corazón”.

Cecilia toma de la mano al esposo, que ahora se muestra sumiso y calmo como un niño, y se sienta con él en los amplios sillones; lee el 1^{er} capítulo del Evangelio de S. Juan hasta el versículo 14 y el episodio de Nicodemo en el III capítulo.

La voz de Cecilia resuena como las cuerdas de un arpa mientras lee esas páginas y, al principio, Valeriano la escucha todavía con cierta sospecha e incredulidad, sentado, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre las rodillas. Luego pone la cabeza en el hombro de la esposa y la escucha atentamente con los ojos cerrados y, cuando ella se detiene, le suplica: “Todavía más, todavía más”. Cecilia lee trozos de Mateo y de Lucas, adecuados para persuadir cada vez más al esposo y termina volviendo a Juan, del que lee desde el pasaje del lavatorio en adelante.

Ahora Valeriano llora. Las lágrimas van cayendo de sus párpados bajos sin estremecimientos. Cecilia las ve, pero no lo demuestra y sonríe. Cuando termina de leer el episodio de la incredulidad de Tomás, calla...

Y permanecen así, la una absorta en Dios, el otro en sí mismo, hasta que Valeriano grita: “Cecilia, creo, creo. Solamente un Dios verdadero puede haber dicho esas palabras y puede haber amado de ese modo. Llévame a tu Pontífice. Quiero amar lo que tú amas. Quiero lo que tú quieres. No tengas miedo de mí, Cecilia. Seremos como tú lo quieres: esposos en Dios y en la Tierra hermanos. Vamos, pues no quiero demorar en ver lo que tú ves: el ángel de tu candor”.

Cecilia, radiante, se levanta, abre la ventana, separa las cortinas para que entre la luz del nuevo día y se hace la cruz mientras dice el Pater noster

lentamente para que el esposo pueda seguirla; luego le hace con su mano la señal de la cruz en la frente y en el corazón y por último le toma la mano y se la lleva a la frente, al pecho y a los hombros, haciendo la señal de la cruz y llevando al esposo siempre de la mano, sale guiándole hacia la luz... Valeriano vio al ángel de Cecilia. Lo vio después de que la gracia conjuntamente con su voluntad le hizo digno de ver al ángel de Dios. Sin embargo, Valeriano no era virgen. Pero cuán enorme mérito es saber arrancar de sí toda inveterada costumbre pagana en alas de un amor sobrenatural. Fue grande el mérito de Cecilia que supo mantener el afecto por su esposo en una esfera completamente espiritual con una virginidad doblemente heroica; fue grande el mérito de Valeriano porque quiso y supo renacer a la pureza de la infancia para venir a mi cielo, vistiendo una blanca estola ³⁸.

CONTINÚA LA VISIÓN EL 23 DE JULIO DE 1944

Puedo ver el bautismo de los dos hermanos, sin duda instruidos por el Pontífice Urbano y por Cecilia. Lo comprendo porque, al saludar a Urbano, Valeriano dice: “Ahora bien, tú que me has dado el conocimiento de esta gloriosa Fe, mientras Cecilia me ha enseñado la dulzura de la misma, ábreme las puertas de la Gracia. Que yo pertenezca a Cristo para ser semejante al ángel que Él me ha dado por esposa y que me ha abierto los senderos celestes por los que me encamino, olvidando en absoluto todo mi pasado. ¡Oh, Pontífice!, no tardes más. Creo y ardo en deseos de confesarlo para gloria de Jesucristo, nuestro Señor”.

Dice esto en presencia de muchos cristianos, que demuestran gran alegría y emoción y que sonríen al nuevo cristiano y a Cecilia que, gozosa, le tiene de la mano, en medio del esposo y el cuñado; resplandece su alegría en esta hora jubilosa.

La iglesia de la catacumba está adornada para la ceremonia. Noto paños y copas preciosas que estaban en la casa de Valeriano. Sin duda alguna los ha donado para esta ocasión y para el comienzo de una vida de caridad de los nuevos cristianos.

Valeriano y Tiburcio están vestidos de blanco y no llevan ningún adorno. También Cecilia está de blanco y parece un hermoso ángel.

No hay una pila bautismal propiamente dicha; por lo menos, no la hay en esta catacumba. En cambio, hay una jofaina, muy ancha y rica, apoyada en un

³⁸ Cuadernos 1944, pp. 470-477.

bajo trípode. Quizás haya sido, en realidad, un pebetero de alguna casa patricia o un incensario, pero ahora lo usan como pila bautismal. A la luz de las numerosas antorchas que los cristianos sostienen, relucen las láminas de oro que decoran, bajo forma de franjas y rosetones, la maciza plata de la jofaina.

Cecilia conduce a los dos junto a la jofaina y se queda al lado de ellos mientras el Pontífice Urbano, con una de las copas donadas por Valeriano, recoge el agua lustral y, mientras pronuncia la fórmula sacramental, la derrama sobre las cabezas inclinadas sobre la jofaina. Cecilia llora de alegría y no sé adónde dirige exactamente la mirada porque, aunque la posa como una caricia en el esposo redimido, parece ver aún más allá y sonreírle a algo que sólo ella ve.

En esto consiste toda la ceremonia. Termina con un himno y la bendición del Pontífice. Valeriano, en cuyos cabellos oscuros y rizados se ven aún algunas gotas de agua, recibe el beso fraternal de los cristianos y las felicitaciones de los mismos por haber acogido la Verdad.

La asamblea se disuelve y los cristianos vuelven a sus respectivas moradas.

En la de Valeriano se advierten muchos cambios. Abundan aún las estatuas y adornos, pero se nota que los han reducido y que son más castos. Falta el larario y los incensarios ante los dioses. Las estatuas más impúdicas han dejado lugar a otras esculturas que representan niños alborozados o animales y que, por lo tanto, recrean la vista pero no ofenden el pudor. Es la casa cristiana.

En el jardín se agolpan muchos pobres, a quienes los neocristianos distribuyen víveres y bolsos con dádivas. En la casa ya no hay esclavos, hay solamente libertos felices.

Cecilia pasa sonriente y feliz; veo que se sienta entre el esposo y el cuñado, que les lee trozos sacros y que responde a las preguntas de los dos. Y luego, porque Valeriano se lo pide, canta himnos que deben de gustarle mucho a su esposo. Comprendo por qué es la patrona de la música. Su voz es dúctil y armoniosa, sus manos se deslizan velozmente sobre la cítara o lira, arrancándole acordes, que semejan perlas al caer sobre un sutil cristal, y arpeggios dignos de la garganta de un ruiseñor.

No veo nada más porque la visión cesa con esta armonía.

Vuelvo a encontrar a Cecilia sola y comprendo que ya está perseguida por la ley romana.

La casa se presenta devastada, sin huellas de su anterior riqueza, pero eso podría ser obra de los mismos esposos cristianos. En cambio, el desorden lleva a pensar que los perseguidores han entrado con violencia y con ira y lo han saqueado y hurgado todo.

Cecilia está en una vasta sala casi completamente desguarnecida. Reza con fervor; llora, pero lo hace sin desesperación: su llanto nace de un dolor cristiano, en el que se funde también un consuelo sobrenatural.

Entran algunas personas. Un hombre de unos cincuenta años, de porte muy digno, dice: “Que la paz sea contigo, Cecilia”.

“Que la paz sea contigo, hermano. ¿Y mi esposo?...”.

“Su cuerpo descansa en paz y su alma se regocija en Dios. La sangre del mártir o, mejor dicho, de los mártires, ha subido al trono del Cordero como incienso, junto con la del perseguidor convertido. No hemos podido traerte las reliquias, para no hacerlas caer en manos de los profanadores”.

“No hace falta. Mi corona ya desciende. Muy pronto estaré donde está mi esposo. Hermanos, rezad por mi alma. Y alejaos de aquí. Esta casa ya no es segura. Tratad de no caer en las garras de los lobos, para que el rebaño de Cristo no quede sin pastores. Sabréis cuándo será la hora de venir, por mí. Hermanos, que la paz sea con vosotros”.

Estas palabras me hacen pensar que Cecilia ya está en arresto. No sé por qué la dejan en su casa pero, virtualmente, es ya una prisionera.

La virgen reza, envuelta en una vivísima luminosidad, y mientras las lágrimas descienden de sus ojos, una celestial sonrisa se dibuja en sus labios. Es un contraste sumamente bello, que muestra el dolor humano fundido con el gozo sobrenatural.

Se me ahorra la vista de la escena del martirio. Vuelvo a encontrar a Cecilia en una especie de torre; la llamo así porque el ambiente es circular como el de una torre. No es muy vasto y, por el vapor que lo invade formando una especie de niebla —que especialmente en lo alto se condensa en una nube que impide ver bien— me parece que es más bien bajo. Cecilia está sola también esta vez; ya la han herido, pero todavía no está en la posición que ha quedado fijada para siempre en la estatua de Mademo, según creo.

*Tengo la impresión que Cecilia reza, Cuando la hirieron, cayó y quedó en esa posición probablemente, porque los nervios tronchados sobre todo en el cuello le impedían alzar la cabeza. Sin embargo, la vida resiste. Cuando comprende que está yéndose, hace un esfuerzo sobrehumano para moverse y ponerse de rodillas. Pero solo consiguen hacer una semirrotación sobre sí misma para caer en la postura, tanto de la cabeza como de los brazos. La santa muere sin sobresaltos con un último acto de fe que cumplen los dedos en lugar de los labios, que ya no pueden hablar. No veo la expresión de su rostro, porque está contra el piso, pero seguramente murió con una sonrisa*³⁹.

NOTAS

La referencia histórica más antigua de Santa Cecilia se encuentra en el *Martyrologium Hieronymianum*. La fiesta de la santa se menciona el 22 de noviembre, en cuyo día es todavía celebrada. Las primeras guías medievales (Itineraria) de los sepulcros de los mártires romanos señalan su tumba en la Vía Apia, al lado de la cripta de los obispos romanos del siglo tercero. Hacia la mitad del siglo quinto aparecen las Actas originales del martirio de Santa Cecilia, que habían sido transmitidas en numerosos manuscritos; estas actas también se tradujeron al griego. Fueron utilizadas en los prefacios de las misas del *Sacramentarium Leonianum*. Ellas nos informan que, Cecilia, una virgen de una familia senatorial y cristiana desde su infancia, fue dada en matrimonio por sus padres a un noble joven pagano, Valeriano. Cuando, tras la celebración del matrimonio, la pareja se había retirado a la cámara nupcial, Cecilia le dijo a Valeriano que ella se había desposado con Cristo y que un ángel celosamente guardaba su cuerpo; por consiguiente, Valeriano debía tener el cuidado de no violar su virginidad. Valeriano pidió ver al ángel, después de lo cual Cecilia lo envió junto a la tercera piedra miliaria de la Vía Apia donde debía encontrarse con el obispo (Papa) Urbano. Valeriano obedeció, fue bautizado por el Papa y regresó como cristiano ante Cecilia. Entonces se apareció un ángel a los dos y los coronó con rosas y azucenas.

Cuando Tiburcio, el hermano de Valeriano, se acercó a ellos, también fue ganado para la Cristiandad. Como niños celosos de la fe, ambos hermanos distribuyeron ricas limosnas y enterraron los cuerpos de los confesores que habían muerto por Cristo. El prefecto, Turcio Almaquio, los condenó a muerte; el funcionario del prefecto, Máximo, designado para ejecutar la sentencia, se convirtió y sufrió el martirio con los dos hermanos. Sus restos fueron enterrados en una tumba por Cecilia. Entonces la propia Cecilia fue buscada por los funcionarios del prefecto. Antes de que fuera apresada, dispuso que su casa

³⁹ Cuadernos 1944, pp. 479-482.

debiera conservarse como un lugar de culto para la Iglesia romana. Después de una gloriosa profesión de fe, fue condenada a morir asfixiada en el baño de su propia casa. Pero, como permaneció ilesa, el prefecto decidió su decapitación en ese lugar. El ejecutor dejó caer su espada tres veces sin separar la cabeza del tronco y huyó, dejando a la virgen bañada en su propia sangre. Vivió tres días, hizo disposiciones en favor de los pobres y dispuso que, después de su muerte, su casa debía dedicarse como templo. El Papa Urbano la enterró entre los obispos y los confesores, es decir, en la catacumba de San Calixto.

SANTA JUSTINA (VISIÓN DEL 29 DE MARZO DE 1944)

Veo a una joven, algo más que adolescente, que está con un joven de unos treinta años. La joven es bellísima: es alta, morena, bien formada. También el joven es muy hermoso pero, del mismo modo que en el aspecto de la joven, aun en su gravedad, hay tanta dulzura, es poco simpático el aspecto del joven, no obstante su forzada sonrisa. Parecería que, bajo una apariencia benévola, albergara un ánimo odioso y siniestro.

Está insistiendo en sus declaraciones de afecto y afirma que está dispuesto a hacer de ella una esposa feliz, la reina de su corazón y de su casa. Pero la joven, a la que oigo llamar “Justina”, rechaza estas propuestas amorosas con serena constancia.

“Pero tú, Justina, podrías hacer de mí un santo de tu Dios, visto que, como sé, eres cristiana. No soy un enemigo de los cristianos. No permanezco incrédulo en cuanto a las verdades de ultratumba. Creo en la otra vida y en la existencia del espíritu. Creo que hay seres espirituales que velan sobre nosotros y se manifiestan y nos ayudan. Me ayudan también a mí. Como ves, creo en lo que tú crees y jamás podría acusarte, pues entonces tendría que acusarme de tu mismo pecado. A diferencia de muchos, no creo que los cristianos sean hombres que ejercitan malvadas hechicerías. Y estoy convencido de que nosotros dos, juntos, haremos cosas importantes”.

“No insistas, Cipriano. No discuto tus creencias. Y también quiero creer que juntos haremos cosas importantes. Tampoco niego que soy cristiana y llego a admitir que amas a los cristianos. Rezaré porque llegues a amarles hasta el punto de convertirte en un paladín entre ellos. Entonces, si Dios así lo quiere, estaremos unidos en una misma suerte, pero en una suerte completamente espiritual, pues me niego a otro tipo de uniones: quiero conservar toda mí misma para el Señor, a fin de obtener esa Vida en la que afirmas creer tú también, y así llegar a poseer la amistad de esos espíritus que velan sobre nosotros —como tú mismo admites— y que realizan, en nombre del Señor, obras de bien”.

“¡Pon atención, Justina! Mi espíritu protector es potente. Te obligará a ceder”.

“¡Oh, no! Si es un espíritu del cielo, querrá sólo lo que Dios quiere. Y Dios quiere para mí la virginidad y, espero, también el martirio. Por lo tanto, tu espíritu no podrá inducirme a algo que es contrario a la voluntad de Dios. Y si no fuera un espíritu del cielo, nada podría contra mí, pues sobre mí se alza el signo vencedor. Ese signo está vivo en la mente, en el corazón, en el espíritu, en la carne y, por eso, la carne, la mente, el corazón, el espíritu, saldrán victoriosos sobre todas las voces que no sean la de mi Señor. Ve en paz, hermano, y que Dios te ilumine para que conozcas la verdad. Rezaré por la luz de tu alma”.

Cipriano abandona la casa mascullando amenazas que no comprendo bien. Justina derrama lágrimas de piedad mientras le ve partir. Luego se retira para rezar, pero antes tranquiliza a dos viejecitos, que seguramente son sus padres y que han acudido tan pronto como el joven se ha marchado. “No temáis, Dios nos protegerá y hará que Cipriano sea de los nuestros. Rezad también vosotros y tened fe”.

La visión tiene dos partes, como si el lugar estuviera dividido en dos zonas. En una veo el cuarto de Justina y en la otra una habitación de la casa de Cipriano.

Justina reza postrada ante una cruz desnuda, trazada entre dos ventanas como si fuera un ornato y coronada por la figura del Cordero que, de una parte está flanqueada por el pez y de la otra por una fuente que parece recibir su líquido de las gotas de sangre que brotan de la garganta desgarrada del Cordero místico. Comprendo que son figuras del simbolismo cristiano en auge en esos tiempos crueles. En el aire, sobre Justina que está rezando de rodillas, veo suspendida una dulce claridad que, a pesar de ser incorpórea, tiene la apariencia de un ser angelical.

En cambio, en el cuarto de Cipriano se encuentra éste en medio de instrumentos y signos cabalísticos y mágicos; está ocupado en echar en un trípode unas substancias, que me parecen resinosas, que provocan densas espirales de humo. Sobre ellas Cipriano traza ciertos signos mientras murmura las palabras de algún rito misterioso. El ambiente se satura de una niebla azulada que vela los contornos de las cosas y hace aparecer el cuerpo de Cipriano como tras lejanas aguas trémulas. Entonces, en este ámbito se forma un punto fosforescente, que poco a poco va agrandándose hasta alcanzar un volumen semejante al de un cuerpo humano. Oigo algunas palabras, pero no comprendo su significado. En cambio, veo que Cipriano se arrodilla y hace

gestos de veneración, como si le rogara a un ser potente. La niebla desaparece lentamente y Cipriano vuelve a estar solo.

Mientras tanto, en el cuarto de Justina se produce un cambio. Un punto, que brilla y danza como un fuego fatuo, traza círculos cada vez más estrechos en torno a la joven que está rezando. Mi ángel me advierte que ésta es la hora de la tentación para Justina y que tras esa luz se oculta un ser maligno que, suscitando sensaciones y visiones mentales, intenta despertar los sentidos de la virgen de Dios.

No veo lo que ella está viendo. Veo solamente que sufre y que, cuando está por ser avasallada por la potencia oculta, la vence haciéndose la señal de la cruz y repitiéndola en el aire con una pequeña cruz que lleva en el seno. Y cuando por tercera vez sufre la tentación - y en este caso debe de ser violenta -, Justina se apoya a la cruz trazada en el muro y con las dos manos levanta ante sí la otra cruz, la pequeña. Parece un luchador aislado que se defiende a la espalda apoyándose a un reparo indestructible y por delante con un escudo invencible. La luz fosforescente no resiste a este doble signo y desaparece. Justina sigue rezando.

Aquí hay una laguna pues la visión está truncada, pero la recupero luego con los mismos personajes. Veo siempre a la virgen y a Cipriano, que mantienen un intenso coloquio en presencia de muchos individuos, que se han unido a Cipriano para rogarle a la joven que ceda y se case para liberar a la ciudad de la epidemia.

Justina responde: “No soy yo quien debe cambiar idea, sino vuestro Cipriano. Él debe despojarse de la esclavitud de su espíritu malvado y entonces la ciudad estará a salvo. En cuanto a mí, ahora más que nunca permanezco fiel al Dios en que creo y a Él lo sacrifico todo por el bien de todos vosotros. Y ahora se verá si el poder de mi Dios es superior al de vuestros dioses y al del Malvado que éste adora”.

La muchedumbre se agita, una parte está contra Cipriano y otra contra la joven... Luego veo junto a Cipriano, ahora mucho más adulto y con los signos sacerdotales: lleva el palio y sus cabellos ya no son más bien largos, como antes, ni están adornados: ahora tiene la típica tonsura redondeada.

Están esperando el suplicio en la prisión de Antioquía y Cipriano recuerda a su compañera una vieja conversación.

“Pues bien, ahora va a cumplirse lo que, de modo diverso, profetizamos que sucedería. Ha triunfado tu cruz, Justina. Has sido mi maestra y no mi

esposa. Me has librado del Mal y me has conducido a la Vida. Lo comprendí cuando el siniestro espíritu que yo adoraba me confesó que su poder no era suficiente para vencerte. Me dijo: ‘Ella triunfa por la Cruz. Mi poder queda anulado ante ella. Su Dios Crucificado es más potente que todo el Infierno reunido. Ya me venció infinitas veces y me vencerá siempre. Quien cree en Él y en su Signo está a salvo de toda insidia. Sólo el que no cree en Él y desprecia su Cruz cae en nuestro poder y perece en nuestro fuego’. No quise arder en ese fuego; quise conocer el Fuego de Dios, que te hacía tan bella y pura, tan potente y santa. Eres la madre de mi alma y, puesto que lo eres, te ruego que en esta hora nutras mi debilidad con tu fuerza para que juntos subamos a Dios”.

“Hermano mío, ahora tú eres mi obispo. En nombre de Cristo, nuestro Señor, absuélveme de toda culpa para precederte, más pura que un lirio, en la gloria”. “Yo no te absuelvo porque en ti no hay culpa, te bendigo.. Y tú, perdona a tu hermano todas las insidias que te tendió. Ruega por mí, que cometí tantos errores”.

“Tu sangre y tu amor actual lavan toda huella de error. Recemos juntos: Pater noster. Pero entran los carceleros y turban la augusta plegaria.

“¿Aún no os bastan los tormentos? ¿Resistís aún? ¿No ofreceréis sacrificios a los dioses?”. “Ofrecemos a Dios el sacrificio de nuestro propio ser; se lo ofrecemos al Dios verdadero, único, eterno, santo. Dadnos la Vida, la que queremos. Dadnos la muerte por Jesucristo, Señor del mundo y de Roma; por el rey potente ante quien César es sólo polvo mezquino; por el Dios ante el cual se inclinan los ángeles y tiemblan los demonios”.

Los verdugos, airados, les arrojan al suelo, les arrastran sin lograr separarles, pues las manos de los dos héroes de Cristo están como soldadas la una a la otra.

Así van al lugar del martirio, que parece ser una de las usuales aulas de los Cuestores. Los dos mandobles, asestados por dos musculosos justicieros, cortan las dos heroicas cabezas y dan alas para el cielo a las almas. La visión termina de este modo⁴⁰.

SANTA FENÍCULA (VISIÓN DEL 4 DE MAYO DE 1944)

En la visión observó a una joven que dice a un joven romano: Es inútil que insistas. Agradezco tu respeto y el recuerdo que conservas de mi amiga muerta. Pero no puedo consolar tu corazón. Si Petronila ha muerto, es señal de que no

⁴⁰ Cuadernos 1944, pp. 256-260.

debía ser tu esposa. Y tampoco yo puedo serlo. Hay tantas jóvenes de Roma que estarían dichosas de llegar a ser las amas de tu casa. Yo, no; no puedo serlo. Y no por ti, sino porque he decidido no contraer nupcias”.

“¿También tú eres víctima del necio frenesí de tantos secuaces de un puñado de hebreos?”.

“He decidido no contraer nupcias, y no creo estar loca”.

“¿Y si yo te quisiera?”.

“Si es verdad que me amas y respetas, no creo que quieras forzar mi libertad de ciudadana romana; creo que me dejarás seguir mi deseo y que retribuirás la buena amistad que siento por ti”.

“¡Ah, no! Ya se me ha escapado una. Tú no te me escaparás”.

“Ella ha muerto. La muerte es una fuerza superior a nosotros, no es una fuga que decidimos para huir de nuestro destino. Ella no se ha matado. Ha muerto... ”.

“Ha muerto por culpa de vuestros sortilegios. Sé que sois cristianas y tendría que haberos denunciado al Tribunal de Roma. Pero he preferido pensar en vosotras como en esposas mías. Ahora te lo pido por última vez: ¿quieres ser mi esposa? Te juro que es mejor para ti entrar como ama en mi casa y abandonar el culto demoníaco de tu pobre dios, en lugar de conocer el rigor de Roma, que no permite que sus dioses sean insultados. Sé mi esposa y serás feliz. De lo contrario...”.

“No puedo ser tu esposa. Estoy consagrada a Dios, a mi Dios. Yo, que adoro al verdadero Dios, no puedo adorar los ídolos. Haz de mí lo que quieras. De mi cuerpo puedes hacer todo lo que quieras. Pero mi alma es de Dios y no la vendo por las dichas de tu casa”.

“¿Es tu última palabra?”.

“Es la última”.

“¿Sabes que mi amor puede mudarse en odio?”.

“Dios te lo perdone. Por mi parte, te amaré siempre como a un hermano y rezaré por tu bien”.

“Y yo haré tu mal. Te denunciaré. Te torturarán. Entonces me llamarás. Entonces comprenderás que es mejor mi casa que las necias doctrinas de que te nutres”.

“Comprenderé que el mundo necesita de estas doctrinas. Y haré tu bien rezando por ti desde el Reino de mi Dios”.

“¡Maldita cristiana! ¡Irás a la cárcel! ¡Morirás de hambre! ¡Que te sacie tu Cristo, si puede!”. Me parece que la prisión está bastante cerca de la casa de la virgen porque el camino es breve, y que el noble joven es, ni más ni menos, un sabueso del Cuestor de Roma, porque cuando la visión cambia de aspecto y me lleva a la sala que ya he visto, en la que está la joven atada a la columna, veo que es un tribunal como aquél en que fue juzgada Inés. Hay muy pocas diferencias; también aquí hay un feo individuo que juzga y condena, al que el joven hace de ayudante e instigador.

Han sacado a Fenícula de la prisión en que se encontraba y ahora la llevan al centro de la sala. Se la ve agotada, sin fuerzas, pero aún conserva tanta dignidad. Debido a su debilidad y también a que ya se ha acostumbrado a la oscuridad de la prisión, la luz la deslumbra; pero, por mucho que lo haga, no le impide estar erguida y sonreír.

Se oyen las consabidas preguntas y las consabidas ofertas y luego las consabidas respuestas : “Soy cristiana. No hago sacrificios a ningún otro dios que no sea mi Señor Jesucristo”. La condenan a la columna.

Ante el pueblo, le desgarran las vestiduras y la atan de manos y pies, completamente desnuda, detrás de una de las columnas del Tribunal. Pero, para hacerlo, le dislocan la cadera y los brazos. Debe de ser una tortura atroz. Y no se detiene allí: retuercen las sogas en las muñecas y los tobillos, la golpean con varas y flagelos en el pecho y en el vientre desnudo, le atormentan las carnes con tenazas, practican otros suplicios atroces que no me detengo a describir aquí.

Cada tanto le preguntan si quiere dedicar sacrificios a los dioses. Fenícula responde con voz cada vez más débil: “No, hago sacrificios a Cristo. Los hago solamente a Él. ¿Queréis que le pierda ahora que empiezo a verle y que cada tortura me le acerca más? Cumplid vuestra obra. Que se cumpla también mi amor: ¡dulces bodas en las que Cristo es el esposo y yo su esposa! ¡Que se cumpla el sueño de toda mi vida!

Cuando la desatan, cae al suelo como muerta. Los miembros dislocados o, quizás, fracturados, ya no la sostienen, no responden a ninguna orden de la mente. Las pobres manos, que la soga ha ceñido fuertemente hasta formar dos brazaletes de sangre viva, penden como muertas. También los pies presentan los maléolos lacerados hasta el punto de descubrir los nervios y los tendones y, por el modo innatural con que están plegados, es evidente que los han fracturado. Pero el rostro refleja una felicidad angelical y total. Las lágrimas ruedan por las mejillas, pero los ojos ríen, absortos en una visión que los extasía.

Los carceleros, o mejor, los verdugos, le dan de puntapiés y a puntapiés la empujan hacia el estrado del Cuestor, como si fuera un saco tan inmundo que no se lo puede tocar.

“¿Aún estás viva?”.

“Sí, lo estoy por voluntad de mi Señor”.

“¿Aún insistes? ¿De verdad quieres la muerte?”.

“Quiero la Vida. ¡Oh, Jesús mío, ábreme el cielo! ¡Ven, Amor eterno!”.

“¡Arrojadla al Tíber! El agua calmará sus ardores”.

Los verdugos la levantan de mal modo. La tortura que provocan los miembros destrozados debe de ser atroz. Pero ella sonríe. La envuelven en sus vestidos; por cierto, no lo hacen por pudor sino para impedir que pueda sostenerse en el agua. ¡Es un cuidado inútil! Con los miembros en ese estado no se puede nadar. Sólo la cabeza queda fuera de la maraña de las ropas. Su pobre cuerpo, que un verdugo se ha echado sobre los hombros, pende como si ya estuviera muerta. Pero a la luz de las antorchas, que han encendido porque ya ha caído la noche, se la ve sonreír.

Cuando llegan al Tíber, la cogen y la arrojan a las aguas oscuras desde lo alto del puente, como si fuera un animal que deben suprimir; vuelve a aflorar por dos veces y luego se hunde en las profundidades sin un grito ⁴¹.

Dice Jesús: Mi mártir Fenícula es una desconocida para los cristianos de hoy, pero en cambio la conocen muy bien los ángeles que la ven risueña en el cielo, detrás del divino cordero. He querido que tú la conocieras para poder hablarte también de su maestra espiritual y para impulsarte al sufrimiento ⁴².

SANTA FELICIDAD Y PERPETUA (VISIÓN DEL 1 DE MARZO DE 1944)

Me parece que también yo estoy en ese anfiteatro, que ya he visto antes. Está abarrotado de gente de piel oscura, aunque también hay muchos romanos. La multitud rumorea sobre las gradas, se agita. A pesar del velario (toldo) que han tendido de la parte en que da el sol, la luz es intensa.

Me parece que en la arena ya ha habido juegos crueles porque está manchada de sangre; hacen entrar en ella a los seis mártires, van en fila. La multitud silba e impreca. Perpetua está a la cabeza de los mártires, que avanzan cantando. Se detienen en medio de la arena y uno de ellos se dirige a la multitud.

⁴¹ Cuadernos 1944, pp. 206-209.

⁴² Cuadernos 1944, p. 211.

“Sería mejor que demostrarais vuestro coraje siguiéndonos en la Fe, en lugar de insultar a gente inerme que devuelve vuestro odio rezando por vosotros y amándoos. ¡Oh, embusteros que pretendéis ser civiles y aguardáis que una mujer dé a luz para matarla luego tanto en el cuerpo como en el alma, porque la separáis de su criatura! ¡Oh, crueles que mentís para matar, porque sabéis que ninguno de nosotros os hace daño y que menos que nadie os lo hará una madre, pues piensa sólo en su criatura! Las varas con que nos habéis azotado, la prisión, las torturas, el haber arrebatado los hijos a dos madres, no mudarán nuestro corazón; no lo cambiarán en cuanto al amor a Dios y tampoco en cuanto al amor al prójimo. Tres veces, siete veces, cien veces, daríamos la vida por nuestro Dios y por vosotros; la ofreceríamos para que llegarais a amarle. Por eso rezamos por vosotros mientras el cielo ya se abre sobre nuestras cabezas: Padre nuestro que estás en los cielos...”. Los seis santos mártires rezan de rodillas.

Se abre una puerta baja e irrumpen las fieras; creo que son toros o búfalos salvajes por lo impetuoso de su carrera, que les hace asemejar a bólidus. Embisten el grupo inerme como si fuera una catapulta adornada por puntiagudos cuernos. Levantan los cuerpos con sus cuernos, los arrojan por el aire como si fueran harapos, vuelven a estrellarlos contra el suelo, los pisotean. Como ebrios por la luz y el clamor, huyen y luego vuelven a embestir.

Con una cornada, un toro alza a Perpetua como si fuera una pajuela y la arroja a muchos metros de distancia. Pero, a pesar de estar herida, se levanta y su primer gesto es el de ajustarse las ropas, desgarradas a la altura del seno. Sosteniendo la túnica con la mano derecha, se arrastra hacia Felicitas, que está tendida cara al cielo, con el cuerpo desgarrado, y la cubre, la sostiene, haciendo escudo a la herida con su cuerpo. Las fieras vuelven a herir hasta que los seis agonizantes quedan tendidos en la arena. Entonces los bestiarios hacen volver a las fieras a sus cubiles y los gladiadores rematan la obra.

Pero el que le toca a Perpetua no sabe matar; no se comprende si es por piedad o inexperiencia. La hiere, pero no en el punto justo. Con un hilo de voz y una sonrisa dulcísima, Perpetua le dice: “Ven aquí, hermano, a que te ayude”. Luego apoya la punta de la espada contra la carótida derecha, dice: “¡Jesús, me encomiendo a Ti! Empuja, hermano, yo te bendigo” y vuelve la cabeza hacia la espada para ayudar al inexperto y turbado gladiador.

Dice Jesús: “Éste es el martirio de mi mártir Perpetua, de su amiga Felicitas y de sus compañeros. Sólo era rea de ser cristiana, aunque aún era catecúmena. Mas, ¡cuán intrépido era su amor por Mí! Al martirio de la carne

unió el del corazón, y así también Felicitas. Si sabían amar a sus verdugos, ¿cómo habrán sabido amar a sus propios hijos?”.

*Eran jóvenes y felices con el amor del esposo y de los padres, en el amor de su criatura. Mas hay que amar a Dios por sobre todas las cosas. Y ellas le aman así. Se desgarran las entrañas al separarse de su pequeñuelo, mas la Fe no muere. Ellas creen, creen firmemente, en la otra vida. Saben que sólo la logrará quien fue fiel y vivió según la Ley de Dios*⁴³.

SANTA INÉS (VISIÓN DEL 13 DE ENERO DE 1944)

Me parecía distinguir una especie de pórtico, un pórtico de la antigua Roma. Lo llamo “pórtico” porque había un hermoso piso de mármol y columnas de mármol blanco que sostenían un techo abovedado, decorado con mosaicos. Puede haber sido el pórtico de un templo pagano o de una casa romana o la Curia o el Foro. No lo sé.

Contra una pared había una especie de trono, formado por un estrado de mármol sobre el que se erigía un sitial. En este sitial estaba un antiguo romano, que llevaba una toga. Más tarde comprendí que se trataba del Prefecto imperial. Contra las paredes había estatuas de dioses, grandes y pequeñas, y trípodes para el incienso. En el medio de la sala o pórtico, no había más que una gran losa de mármol blanco. En el muro que estaba frente al sitial de aquel magistrado, se abría el verdadero pórtico y a través de él se veían la plaza y la calle. Mientras observaba estos detalles y la fisonomía grave del Prefecto, tres jovenzuelas entraron en el vestíbulo, pórtico o sala.

Una de ellas era muy joven, casi una niña. Estaba vestida completamente de blanco: una túnica la cubría por entero pues dejaba ver tan sólo el cuello sutil y las manos pequeñas, con muñecas infantiles. Tenía la cabeza descubierta y era rubia. Iba peinada de modo muy simple, con la raya en el medio y dos largas y pesadas trenzas sobre los hombros. Pesaban tanto los cabellos que la obligaban a inclinar ligeramente la cabeza hacia atrás y esto le daba, sin querer, un porte real. Jugueteaba a sus pies un corderillo casi recién nacido, todo blanco y con un hociquillo rosado como los labios de un niño.

Las otras dos jóvenes estaban detrás, a pocos pasos de ella. Una parecía casi de la misma edad que la primera, pero tenía un aspecto más robusto y rústico. La otra era mayor: habrá tenido a lo sumo unos 16 o 18 años. También

⁴³ Cuadernos 1944, pp. 198-199.

ellas estaban vestidas de blanco e iban con la cabeza cubierta, pero su vestido era más humilde. Parecían doncellas de la otra joven, pues guardaban hacia ella una actitud respetuosa. Comprendí que ésta era Inés, que la que tenía su misma edad era Emerenciana y la otra no sé quién era.

Sonriente y aplomada, Inés se dirigió a la tarima del Magistrato. Y oí el siguiente diálogo:

“¿Me deseabas? Heme aquí”.

“No creo que, cuando sepas el porqué de mi llamado, seguirás definiéndolo deseo. ¿Eres cristiana?”.

“Sí, por gracia de Dios”.

“¿Comprendes lo que puede significar para ti esta afirmación?”.

“El cielo”.

“¡Cuidado! La muerte es fea y tú eres una niña aún. No sonrías, porque no estoy bromeando”.

“Yo tampoco estoy bromeando. Te sonrío porque eres el padrino de mis nupcias eternas y te quedo agradecida”.

“Es mejor que pienses en bodas terrenas. Eres rica y hermosa. Ya hay muchos que piensan en ti. No tienes más que elegir para convertirte en una patricia feliz”.

“Ya he hecho mi elección. Amo al Único que es digno de ser amado y ésta es la hora de mis bodas, éste es el templo en que han de celebrarse. Oigo la voz del Esposo que viene y veo ya su amorosa mirada. A Él le sacrifico mi virginidad para que la convierta en una flor eterna”.

“Si te interesa tu virginidad y también tu vida, ofrece sacrificios a los dioses cuanto antes. Así lo establece la ley”. “Tengo un único Dios verdadero y a Él le ofrezco sacrificios de buena gana”.

En ese momento me pareció que algunos ayudantes del Prefecto daban a Inés un vaso con incienso para que lo virtiera en el trípode que había elegido, delante de un dios. “No son éstos los dioses que amo. Mi Dios es Jesucristo, nuestro Señor. Y a Él, a quien amo, me sacrifico yo misma”.

Me pareció entonces que el Prefecto, irritado, ordenaba a sus ayudantes que, visto que desde ese momento se la consideraba rea y prisionera, colocaran las cadenas en los pulsos de Inés para impedirle la huida o cualquier acto irreverente hacia las imágenes.

Mas la virgen se volvió sonriente al verdugo y le dijo: “No me toques. He venido aquí espontáneamente porque aquí me llama la voz del Esposo que, desde el cielo, me invita a las bodas eternas. No me hacen falta tus grillos ni tus cadenas. Tendrías que ponérmelos sólo si quisieras arrastrarme al mal. Y

(quizás) no servirían, porque mi Señor Dios los convertiría en algo más inútil que un hilo de lino en la muñeca de un gigante. No, hermano, tus cadenas no sirven para ir al encuentro de la muerte, del júbilo, de las bodas con Cristo. Te bendigo si me martirizas. No huyo. Te amo y ruego por tu espíritu”.

Tan bella, cándida, erguida como un lirio, Inés era una visión celestial en la visión... El Prefecto pronunció la sentencia, que no logré oír bien. Me pareció que se había producido una interrupción durante la cual perdí de vista a Inés y me distraje debido a las muchas personas que se habían aglomerado en el entorno.

Luego volví a encontrar a la mártir, aún más bella y gozosa. Ante ella había un trípode y una pequeña estatua de oro, que representaba a Júpiter. A su lado, el verdugo ya había desenvainado la espada. Probablemente, querían hacer la última tentativa para doblegarla. Mas Inés, con una mirada resplandeciente, sacudía la cabeza y con su pequeña mano rechazaba la estatuilla. Ya no estaba a sus pies el corderillo, que ahora se encontraba en brazos de Emerenciana, sacudida por los sollozos.

Vi que hacían arrodillar a Inés en el piso, en el medio de la sala, allí donde estaba la gran losa de mármol blanco. La joven se recogió en sí misma, con las manos sobre el pecho y la mirada fija en el cielo. Sus ojos, absortos en una dulce contemplación, estaban bañados de lágrimas de gozo sobrenatural. El rostro no había empalidecido y en él se reflejaba una sonrisa.

Uno de los ayudantes le cogió las trenzas como si se hubiera tratado de una cuerda, con la intención de tener fija la cabeza. Pero no era necesario ⁴⁴.

“¡Amo a Cristo!” gritó al ver que el verdugo alzaba la espada; vi que la misma penetraba entre la escápula y la clavícula y hendía la carótida derecha; vi que la mártir se desplomaba, sin perder la posición arrodillada, hacia el lado izquierdo, como quien se abandona en el sueño, un sueño feliz, porque la sonrisa no se borró en sus labios: sólo quedó oculta tras el borbotón de sangre que manaba impetuosamente de la garganta tronchada.

Asisto al entierro de Inés. Veo el jardín de una casa patricia. No sé si es la casa paterna de Inés o de otra familia cristiana. Por otra parte, eso no tiene mucha importancia. Pues bien, veo este extenso jardín con senderos anchos y otros estrechos, con cuadros, viveros de peces y altos árboles.

⁴⁴ Cuadernos 1944, pp. 54-57.

Podría afirmar que ya es de noche, pues las sombras son densas. El lugar está iluminado por un hermoso claro de luna y por escasas antorchas o luces por el estilo. Veo las llamas, que cada tanto se inclinan a causa de la dulce brisa nocturna. La luna debe de estar en su primer cuarto y, por lo tanto, creo que son las 20 o quizás algo menos, pues acaba de alzarse en el horizonte y en enero se alza temprano, especialmente si está en su fase inicial.

Al principio veo sólo esto. Luego la escena se anima. Muchas personas con luces y antorchas entran en el jardín y la claridad aumenta. Seguramente se trata de cristianos y cristianas, que sus sacerdotes y diáconos conducen al entierro de Inés.

En un determinado momento, se abre una puerta de la casa y se ve un peristilo (patio rodeado de columnas) muy iluminado que, de seguro, da a la calle, porque frente a la mencionada puerta —digamos, la que da al interior— hay otra, que se abre como si alguien hubiera llamado desde afuera y entra un grupo de personas que transporta sobre una parihuela una forma envuelta en un sudario.

Tras haber colocado la parihuela en el centro del peristilo y cerrado la puerta que da a la calle, descubren la forma, la alzan piadosamente y la depositan en otra especie de parihuela semejante a una pequeña cama sin largueros, cubierta con un rico paño rojo oscuro, que me pareció completamente bordado.

Veo que ya han lavado y arreglado a la mártir. Ya no hay sangre en su rostro ni en su cabellera; ya no la hay en sus vestiduras. Deben de haberle puesto una túnica limpia porque no se ve en ella ninguna mancha.

La joven mártir parece una estatua de mármol, dada la palidez de su rostro. Pero también denota placidez. Sonríe. Bajo el velo cándido que la cubre por entero, se ven sus largos cabellos rubios y sueltos, que ya constituyen como un primer velo, un verdadero manto dorado que la envuelve hasta las rodillas. Tiene las manos unidas sobre el pecho y entre ellas sostiene una palma. La herida del cuello no se ve. Se la han cubierto piadosamente con los cabellos dorados y el cándido velo.

A su alrededor se agolpan los parientes —que lloran quedamente y le besan las manos pequeñas y céreas y la frente de mármol—, los siervos, los compañeros en la fe, los sacerdotes.

Entra un anciano venerable flanqueado por otras dos personas. Todos están vestidos como antiguos romanos. Por lo que va sucediendo, me doy cuenta

de que el anciano es el Pontífice o un vicario suyo. Pero creo que es el Pontífice, porque todos se arrodillan en el momento en que entra y bendice. También él se acerca a la mártir y ruega, curvándose sobre ella. Luego se pone los ornamentos sacerdotales y los dos diáconos que le acompañan y muchos sacerdotes mezclados entre los fieles le imitan; el cortejo va ordenándose.

Un grupo de vírgenes, entre las que está Emerenciana, se estrecha contra la parihuela y la alza. Aun cuando así acostada Inés parece más alta de lo que era en vida, el peso no debe de ser excesivo: es casi una niña y ni siquiera muy robusta. Todas las vírgenes visten de blanco y llevan un velo cándido; son como un cercado de lirios alrededor del lirio extinto, extendido sobre la púrpura del paño fúnebre. Todos van por los senderos del jardín hacia el lugar donde éste limita, según me parece, con el campo pues, por cierto, no se ven casas más allá, sino más plantas y prados: delante van el Pontífice y los sacerdotes, precedidos y flanqueados por siervos que llevan antorchas; detrás van las vírgenes con la mártir; luego, los padres, los parientes, los cristianos; todos llevan luces.

La escena es plácida y solemne. La luna besa la cándida forma y el viento la acaricia. Veo un mechón rubio que ondea ligeramente al soplo de la suave brisa.

Los cristianos cantan en voz baja. Al principio me cuesta entender, probablemente porque me distrae observar tantas cosas. Luego las palabras de la santa melodía latina y comprendo que la conozco, no es nueva para mí. Intento recordar dónde la oí o la leí.

Mientras tanto, el cortejo ha llegado a una especie de pozo, de boca muy ancha, al que se desciende por una escalerilla. Los personajes principales bajan lentamente y en la cavidad subterránea —que tiene forma circular y presenta muchos cuniculos, al parecer apenas iniciados a excavar en varias direcciones— las voces se vuelven más fuertes y solemnes.

Ahora recuerdo bien. Son las palabras del Apocalipsis, en el trozo en que hablan de ese “canto” que sólo podrán entonar los que no se contaminaron en la tierra⁶. Mas no lo cantaron todo.

Tras el último saludo de los parientes, alzan el cuerpo y lo llevan hacia el estrecho y largo lóculo (pequeña cavidad) que han excavado verticalmente en la arenisca. El Pontífice observa la deposición mientras pronuncia estas palabras: “Veni, sponsa Christi. Veni, Agne santissima. Requiescat in pace”.

Sobre la abertura del lóculo fijan y rebaten una piedra. Y en ese punto termina la visión ⁴⁵.

SANTA MARTINA (VISIÓN DEL 4 DE DICIEMBRE DE 1945)

Son las 20. Me invade un júbilo sobrenatural tan intenso que sabe ya a éxtasis. No sé qué lo origina porque no tengo motivo alguno que pueda provocarlo. Estoy cansada, toda adolorida, atontada porque he tenido que hablar mucho y oír cosas que no eran consoladoras precisamente.

Y sin embargo, me invade este júbilo tan vivo... tan vivo. Luego se me presenta una construcción conformada por muros oscuros que, además, me parecen húmedos; son de color café muy claro o de fango muy oscuro. Es como una rotonda de la que parten pasillos en cruz. Los defino pasillos porque no se ve el cielo, hay un techo alto y oscuro, como los muros de anchas piedras.

Justo en el centro de la rotonda se me aparece una criatura. Es poco más que una niña. A lo más tendrá unos 12 años y su cuerpo está aún menos desarrollado que el de Santa Inés; se diferencia de ella no sólo por ser más menuda, sino también porque tiene cabellos oscuros y tez igualmente morena. Tiene ojos negros, grandes y dulcísimos, pero algo tristes, como cansados, como si hubieran sufrido mucho o pertenecieran a quien ha sufrido mucho. Y también su sonrisa, mansa y dulcísima, es un poco triste. Lleva una túnica completamente blanca, de lino, muy amplia, sin cinturón, con las mangas hasta el codo, por lo que asoma el antebrazo bien modelado que termina en las manos pequeñas, morenas, cruzadas sobre el pecho. No se trata de la fúlgida figura de una beata, pero es una figura luminosa, aunque sin serlo demasiado. Es como si esta tierna aparición brillara con la luz de una estrella, empañada por un ligero velo de niebla. Aun así me atrae porque se trata de una luz pura y suave que otorga paz y alegría. El contraste con los muros oscuros es muy fuerte. Me mira y sonrío.

A sus espaldas, veo huir hombres que llevan una corta túnica de un amarillo ceniciento. Cuatro de ellos van hacia el norte, hacia una luz lejana, que apenas se ve, como si ese alto pasillo terminara en un lugar abierto; los demás van hacia el sur, en medio de tinieblas tan densas que me impide comprender cuántos son. En cambio, comprendo que esa adolescente es una mártir, porque

⁴⁵ Cuadernos 1944, pp. 78.81.

lleva una pequeña palma, que estrecha al pecho entre los brazos cruzados; es una palma blanca, me atrevería a decir espiritualizada, del mismo modo que el lino de su túnica, que es más inmaterial y espléndido que el lino más hermoso.

Pero no sé quién es y por eso le pregunto: “¿Quién eres?”. Me responde: “Soy Martina. Y este es el lugar donde he sufrido mucho. Es sólo uno de los lugares, porque sufrí mucho. Sufrí muchos martirios antes de la espada. Los que huyen en las tinieblas son los que me martirizaron. Los que van hacia la luz son los que salvé con mi dolor y bauticé con mi sangre. Los otros no quisieron convertirse a Jesús. Pero ahora soy feliz. Ya no existe el dolor. Para llegar a la gloria hay que sufrirlo todo. Recuerda: soy Martina... y, de modo especial, me nombran también en las invocaciones de la Iglesia. ¡Oh, qué bueno es Jesús! ¡A cambio de tan poco dolor, da tanto júbilo y tanto poder! Adiós. Soy tu amiga. No te acuerdas de mí y, sin embargo, me conociste y me amaste cuando eras una adolescente de mí misma edad. Pero yo te he amado siempre, junto con Inés. Que la luz del Paraíso resplandezca siempre en ti y te ayude a llevar hacia la Luz a tantas almas. Adiós. Toma, derramo sobre ti mis bálsamos”.

Agita hacia mí la palma, luego vuelve a cruzar los brazos sobre el pecho y se me desvanece su visión con un canto suave, abstracto, irreplicable; todo resplandece en ese lúgubre lugar mientras ella se desvanece dejando como único recuerdo de sí un intenso perfume inefable.

Tomo el Misal: el 30 de enero, hay 4 renglones acerca de Santa Martina. Me quedan su amistad, su mirada, su sonrisa, la fragancia de sus bálsamos. Y el júbilo de antes perdura y me eleva muy hacia lo alto ⁴⁶.

SANTAS FLORA Y MARÍA DE CÓRDOBA (VISIÓN DEL 23 DE JULIO DE 1945)

Se me presenta nítidamente la extraña visión de un subterráneo, que de seguro, es la prisión de algún castillo. Se trata de un castillo musulmán, porque veo un desagradable individuo vestido de turco o de árabe, aunque más bien me parece como un turco de épocas pasadas, con un largo caftán marrón, por debajo del cual asoma un atavío de tela brillante como seda, de color rojo oscuro, y una especie de amplios pantalones ceñidos al tobillo. Calza babuchas rojas sin taco, de cuero marroquí. En la cabeza lleva un sombrero marrón de forma de cono truncado, con una faja de tela de color verde esmeralda enrollada a modo de turbante. La prisión o, mejor dicho, el subterráneo —porque las ventanas están a nivel del suelo— está hecho de este modo: por una empinada

⁴⁶ Cuadernos 1945-1950, pp. 194-196.

escalerilla se desemboca en el bajo pasillo y, pasando por una arcada, se entra en un cuarto también bajo y, además, oscuro como un sótano. En medio de la habitación se ve un pesado bloque de piedra en cuyo centro hay un grueso anillo de hierro. El suelo está apisonado. Tal es el lugar que no logro describir absolutamente con un dibujo.

Conducen allí a una jovencita muy bella. Tiene las manos atadas a la espalda y la empujan, casi hasta hacerla caer, por los 5 peldaños que llevan al pasillo que precede este lúgubre cuarto, donde la espera paseando nerviosamente el personaje que he descrito antes. En esta ocasión me he olvidado de decir que lleva un ancho cinturón que le sujeta las ropas y en el que está ensartada una larga y curva cimitarra con una empuñadura adornada de gemas y la vaina damasquinada en oro.

“Te lo pregunto por última vez: ¿quieres abandonar la religión de los perros hebreos y volver a la santa fe del Profeta?”. “No”.

“Piénsalo bien. Sabe que en tierra de moros no se venera más que a uno solo, a Mahoma, ¡el verdadero profeta de Alá! Y ya conoces la suerte que les espera a los apóstatas”. “Ya lo sé. Mas permaneced fieles a vuestra fe, yo permaneceré fiel a la mía. Vosotros sois fieles a la vuestra, que es falsa, yo soy fiel a la mía, que es verdadera”.

“Haré que te quiten la vida por medio de tormentos”.

“Mas no me quitarás el cielo y sus gozos”.

“Perderás la salud, la vida, la alegría, lo perderás todo”.

“Pero encontraré a Dios y a su Madre, la Virgen María, y a mi madre, que me engendró para Dios”.

El hombre patea el suelo con ira y ordena que la azoten con varas de hierro.

A la jovencita le arrancan los vestidos, queda desnuda hasta la cintura; las ropas se deslizan por sus flancos y le cubren las manos, dado que no se las han desatado. Le rodean el cuello con una soga como si fuera un collar y, tras haberla hecho arrodillar junto al pesado bloque, atan la soga al anillo, de modo que su barbilla toca la dura piedra; luego dos fornidos verdugos, escogidos entre los de la escolta que la ha arrastrado hasta allí, comienzan a azotarla ferozmente en los tiernos hombros, en el cuello, en la cabeza. Cada golpe origina una ampolla sangrienta en las carnes blancas y delicadas. Cuando azotan la cabeza, la barbilla golpea duramente contra la piedra y se hiere y, por consiguiente, los dientes chocan entre sí y le causan dolor. Como está arrodillada más bien lejos del bloque, con las manos atadas a la espalda y

obligada a estar encorvada casi en ángulo recto, no puede encontrar alivio de ningún modo; y, además de los golpes, ya la misma posición es una tortura.

Pero el juez aún no está satisfecho y, mientras sigue controlando la tortura con los brazos cruzados y como si estuviera contemplando un agradable espectáculo, ordena que aumenten los golpes en la cabeza “para que sea más semejante a su maldito Cristo”, dice riendo sarcásticamente.

Los verdugos golpean y golpean con las varas sutiles, casi flexibles — creo que son de metal— que, tras haber silbado en el aire caen de plano sobre la pobre cabeza. Los cabellos se enredan en las varas y son arrancados a mechones; los que quedan van enrojeciéndose por la sangre, pues la piel se resquebraja y deja ver el cráneo, mientras la sangre corre a lo largo del cuello, por detrás de las orejas, hasta el pecho desnudo y se detiene en la cintura, donde la absorben las ropas.

“¡Basta!”, ordena el juez.

La desatan, la vuelven a vestir, la depositan en el suelo porque está medio desvanecida.

El juez la zarandea con el pie y cuando la joven abre los ojos con una mirada mansa y dolorosa, como cordero torturado, le dice: “¿Reniegas?”.

“No”. Ya no es el triunfal “no” de antes pero, aun en su debilidad, es una afirmación segura. “Ya se va a encargar tu hermano. Y será peor que yo. Llamadle y entregadla a él”. Tras haberle dado el último puntapié, el juez se va...

...y la visión se concluye en un lugar nuevo que, por cierto, también en este caso es una prisión, porque hay patios con ventanas con poderosas rejas y, a través de ellas, se oyen voces que blasfeman o dicen cosas triviales mezcladas con cantos cristianos.

Ahora la joven está con otra persona de su misma edad; ambas son conducidas a una suntuosa sala, donde vuelvo a ver al juez anterior, que está circundado por otros musulmanes, probablemente siervos o jueces de rango inferior.

“¡Pues bien, aún tengo que interrogaros! Es la última vez. ¿Qué es lo que queréis?”.

“Morir por Jesucristo”.

“¡Morir por Jesucristo! Pero tú, Flora, ¿sabes qué quiere decir tortura?”. “Sé qué quiere decir Jesús”.

“¿Sabéis que podría teneros por toda la vida entre las... (aquí escribo mujeres de mala vida, pero él ha usado una palabra fea), así como lo habéis

estado en estos días? ¿Qué llevaríais entonces a vuestro cielo? Pues, llevaríais fango y suciedad”.

Habla la otra joven: “Te engañas. La suciedad se queda aquí, contigo. Yo creo firmemente que, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, de su Madre María Santísima, de la que llevo el nombre, de todos los santos del Paraíso, el último de los cuales es mi hermano diácono, que has hecho martirizar, una vez que hayamos subido al cielo podremos hacer germinar la semilla echada en tantos pobres corazones encerrados en una carne infame y redimir de este modo a las desdichadas hermanas entre las cuales nos has hecho vivir, esperando que nos corrompieran y que se quebrara la firmeza de nuestra fe. Debes saber que, por el contrario, hemos salido de allí aún más puras y firmes y más deseosas que nunca de morir para agregar nuestra sangre a la sangre de Cristo y redimir a nuestras infelices compañeras”. “Llamad al verdugo. Que sean decapitadas”⁴⁷.

ANOTACIÓN

Los martirologios de Adón, Usuardo, Maurolico, del obispo Equilino y el Romano hacen memoria de estas dos vírgenes mártires de Córdoba, lo que hace pensar en la repercusión que debió de tener el doble martirio en toda la España del siglo IX y explicar la rápida difusión de su culto.

Flora es hija de madre cristiana y padre musulmán. Fue educada por su madre desde pequeña en el amor a Jesucristo y aprendió de sus labios el valor relativo de las cosas de este mundo. Tiene un hermano –musulmán fanático– que la denuncia como cristiana en la presencia del cadí. Allí es azotada cruelmente para hacerla renegar, pero se mantiene firme en la fe. El cadí la pone bajo la custodia de su hermano, que ahora tiene el encargo de la autoridad para hacerla cambiar de actitud. Soporta todas las vejaciones y ultrajes a que la somete su hermano siempre con la intención de pervertirla.

María es hija de cristianos que han puesto a su hijo Walabonso bajo la custodia de un sacerdote con el encargo de educarlo en un monasterio; mientras ella entra en el cenobio de Cuteclara. Muerto mártir su hermano, se dirige ahora a la iglesia de San Acisclo después de haber tomado una firme resolución.

Las dos jóvenes coinciden a los pies de san Acisclo. El saludo de la paz les ha facilitado abrirse mutuamente las almas y se encuentran en comunión de sentimientos, deseos y resoluciones. Se juran amistad para siempre, una caridad que dura hasta el cielo.

⁴⁷ Cuadernos 1945-1950, pp. 70-73.

Se encaminan con valentía al palacio del cadí y hacen ante él pública profesión de fe cristiana.

Encarceladas junto con prostitutas y gente de mal vivir, son condenadas por los jueces a morir decapitadas, no sin el consuelo, ánimo y bendición de san Eulogio que las conoció. Hecha la señal de la cruz, primero será la cabeza de Flora la cortada por el alfanje, después rueda la de María. Sus cuerpos quedan expuestos, para disuasión de cristianos y demostración del poder musulmán, a las aves y los perros. Al día siguiente los arrojaron al Guadalquivir.

Sus cabezas se depositaron en la iglesia de San Acisclo.

SANTA IRENE (VISIÓN DEL 20 DE ABRIL DE 1945)

Veo con insistencia los restos de un cuerpo humano carbonizado. Es un espectáculo que inspira piedad y temor. Está tan consumido por las llamas que parece una informe estatua de hierro extraída del fondo del mar. Aún se identifican en la cabeza las líneas principales de la nariz, los pómulos y la barbilla, pero en ese rostro faltan la redondez de las mejillas, la parte carnosa de la nariz, las orejas y los labios. Todo está resecado o destruido. Por ejemplo, lo están las extremidades: tanto los brazos como las piernas semejan ramos semi-carbonizados, a los que el calor ha mudado de aspecto: es como si la cera revistiera los tendones que, crispados por la combustión, han hecho contraer y retorcer los pies y las manos. Naturalmente faltan los cabellos y las cejas. No podría decir si ese mísero ser que yace echado sobre los restos de un fuego que ya se ha apagado, fue un hombre o una mujer, si era joven o maduro, rubio o moreno. En cuanto al lugar parece que se trata de los suburbios de una ciudad, un lugar donde ya empieza el campo, una zona desolada, pedregosa, lúgubre. Miro y remiro ese pobre cuerpo abandonado en semejante lugar y se me ocurre preguntar: “¿Quién eres?”.

Por muchas horas no me llega una respuesta. Pero ahora, aun encontrándome en ese mismo lugar, lo veo animado por personas que visten a la antigua y que están preparando una formidable hoguera con fajinas mezcladas con pequeños troncos robustos, una hoguera sólida, apta para arder debidamente. Veo también que, de la parte de la ciudad, está llegando un cortejo de soldados y gente del pueblo. No sé de qué ciudad se trata, pero de seguro es una ciudad cercana al mar, que se ve brillar allá en el fondo bajo el sol del mediodía.

En medio de este cortejo va una joven; es poco más que una adolescente. La llevan a la hoguera. La hoguera está destinada a ella. Se dirige allí, tranquila, segura, con la misma expresión soñadora de paz suprema, que siempre he visto reflejada en el rostro de los mártires.

Una mujer, cubierta por un velo, la sigue hasta el pie de la hoguera y allí la saluda. Por sus formas más bien abundantes y por lo poco que se ve cuando alza el velo para besar a la jovencita, se comprende que es anciana. No le dice ni una palabra. Solamente la besa llorando. Intenta rechazarla y con dureza la obliga a alejarse mientras ya las primeras llamas, encendidas en los brezos secos de las fajinas, lamen la pila. Le dicen: “¿Por qué tienes interés en esta rebelde? ¿Eres pariente suya? Vete. No se puede consolar a los enemigos del Cesar”. Con dignidad no exenta de altivez, la anciana responde: “Soy Anastasia, una dama romana, y ella es mi hermana. Tengo derecho a estar junto a ella como lo estuve junto a las hermanas de ayer. Dejadme aquí o apelaré al emperador”.

Permiten que se quede y ella mira a la jovencita, hacia la que se elevan lenguas de fuego y oleadas de humo que por momentos la envuelven. Ve que está serena y sonrío a su sueño espiritual, insensible a las llamas que la devoran comenzando con los cabellos, que arden en una humeante lengua de fuego, para pasar luego a sus vestidos... hasta que, en lugar de la blanca túnica, abrasada por las llamas, precisamente el instrumento del martirio le conforma un espléndido atavío de fuego vivo que la oculta a la mirada de la multitud.

“Adiós, Irene. Acuérdate de mí cuando estés en paz”, exclama Anastasia. Y, detrás del velo de fuego, le responde la voz tranquila y juvenil: “Adiós. Ya estoy hablando de ti con...”. Pero no se oye nada más que el rugiente crepitar de las llamas...

Cuando comprenden que ha llegado la muerte, los soldados y los ejecutores de la sentencia se alejan y dejan que sólo la hoguera cumpla la destrucción total.

Anastasia no se mueve. Firme en medio del ardor del fuego y del sol, que pega fuerte en esta zona tan árida, espera... hasta que llegan las sombras del crepúsculo, en las cuales brilla débilmente una que otra chispa que ha sobrevivido entre la leña de la hoguera y que parece escribir palabras misteriosas, que narran en las sombras las glorias de la joven mártir.

Entonces, Anastasia se mueve. No va hacia la hoguera sino hacia una choza en ruinas que está poco distante, perdida en medio de un campo desnudo. A la luz del primer rayo de luna, entra decidida en un pequeño huerto

abandonado, se inclina sobre el pozo y llama. Su voz resuena con ecos de bronce en la cavidad del pozo. Le responden varias voces. Luego, una tras otra, van surgiendo del pozo —que debe de estar seco— algunas sombras.

“Venid. Ya no hay nadie. Venid antes de que la ultrajen. Ha muerto como un ángel, tal como ha vivido. No he tocado las cenizas porque... le he dado todo, como el Padre de mi alma me ha ordenado. Pero... ¡oh, es demasiado horrible ver reducir a carbón un joven lirio!”.

“Apártate, señora. Lo haremos nosotros por ti”. “No. Debo acostumbrarme a este suplicio. Él me lo ha dicho. Pero entonces no estaré sola. Ella y las hermanas en compañía de los ángeles, estarán a mi lado. Por ahora, ¡oh, hermanos de Tesalónica!, quedaos vosotros conmigo.

Van hacia la hoguera, que ahora está apagada definitivamente: es sólo un montón de cenizas desparramadas, sobre el que está posado el cuerpo carbonizado que he visto antes. Anastasia llora quedamente mientras, con la ayuda de los cristianos, envuelve en un paño precioso el cuerpo, que las llamas han momificado. Luego lo depositan en una parihuela y el pequeño y piadoso cortejo se encamina costeanado el borde de la ciudad y llega a una hermosa casa, muy amplia. Entran y, en el cementerio excavado en el jardín, depositan el cadáver, mientras uno de ellos, de seguro un sacerdote, lo bendice en medio de los pausados cantos de los presentes ⁴⁸.

SANTA CLARA DE ASÍS (VISIÓN DEL 12 DE AGOSTO DE 1945)

Veo algo que no parecerá imposible de ver pues se trata de un hecho conocido por muchísimas personas. Es el milagro que obró Santa Clara arrojando del convento de Asís a los que lo habían atacado. Ver este milagro me da gran alegría y no me importa lo demás. Le describo lo que veo.

Es un pequeño y humilde convento, muy bajo, con el techo muy inclinado y un claustillo que en cada piedra parece gritar: “Pobreza”, la gran palabra franciscana, hay estrechos pasillos breves, oscuros, en los que se abren las puertecillas de las celdas. Miedo y dolor agitan esta pobre morada de paz. El convento resuena como una sonora colmena de voces que ruegan y gimen. Y, en verdad, este pequeño convento parece una colmena estupefacta ante una invasión. El rumor de la lucha exterior penetra en él y sus ecos feroces se unen a los acentos de piedad.

⁴⁸ Cuadernos 1945-1950, pp. 52-54.

No sé si es una profesa la que da la noticia de que las hordas enemigas intentan invadir el convento o si es un habitante de Asís quien advierte del peligro a las clarisas. Sé que el desconcierto llega al máximo mientras todas se precipitan a la celda de la abadesa, que reza postrada al borde de su jergón, y se alza para recibir a sus atemorizadas hijas: su rostro está céreo y extenuado, pero aún así se le ve hermosa y solemne. Escucha a sus hijas y les ordena que desciendan al coro en orden y con fe, en el silencio que impone la Regla “porque” —dice— “ninguna circunstancia, por tremenda que sea, debe hacer olvidar la santa Regla”. Luego las sigue y entra en el minúsculo y humilde coro, más allá del cual se ve la pequeña iglesia cerrada herméticamente, oscura, iluminada sólo por dos bujías —una en la iglesia, la otra en el coro— que, ante la custodia, resplandecen serenamente.

Rezan y se sobresaltan ante cada grito más fuerte y más cercano. Y cuando una de ellas —seguramente una profesa— entra gritando sin cuidarse del respeto debido al lugar: ¡¡Madre, ya están en la puerta!”, las clarisas se curvan como si ya las hubieran herido de muerte.

Pero Sor Clara no reacciona así. Por el contrario, se pone de pie, va al centro del coro y dice: “No temáis. Ellos son hombres y están allí afuera. Nosotras estamos aquí adentro y con Jesús. Acordaos de sus palabras: “No os tocarán un cabello”. Nosotras somos sus palomas. Él no permitirá que las profanen los gavilanes”.

Como para desmentir sus palabras, afuera el clamor del tumulto se hace aún más fuerte. Mas ella no se desconcierta. Al ver que sus clarisas están demasiado atemorizadas como para poder vencer las dudas y el terror, se vuelve a Dios: “Mi dulce Jesús, perdona si tu pobre Clara osa poner las manos donde sólo un sacerdote puede hacerlo. Pero aquí estamos solamente Tú y nosotras. Por lo tanto, una de nosotras debe decirte: “Ven”. Mis manos están lavadas por el llanto. Pueden tocar tu trono”. Se dirige resueltamente al tabernáculo, lo abre y no coge el ostensorio sino un estuche semejante a una píxide que, a lo que me parece por lo poco que permite ver la escasa luz, no es de metal precioso sino de marfil o madreperla, al menos en la parte exterior. Lo toma y lo tiene en sus manos con la misma veneración con la que sostendría al Dios Niño. Desciende con aplomo los pocos peldaños y, salmodiando, va hacia la puerta del convento, subyugadas, las monjas la siguen temblando.

“Hija, abre la puerta”.

“¡Pero están allí afuera! ¿No oís los gritos y los golpes?”.

“Hija, abre la puerta”.

“¡Es que se precipitarán aquí adentro!”.

“Abre la puerta, ¡Debes obediencia!”. Clara, que antes era dulce y persuasiva, asume ahora un tono imperioso que no admite contradicciones. En estos momentos es la antigua castellana, acostumbrada a ordenar y la ilustre abadesa que exhorta a la obediencia.

Gimiendo, la clarisa abre la puerta y su temblor retarda tal operación; es el mismo temblor que agita a las demás, agrupadas detrás de la Abadesa. Cerrando los ojos, se hacen la señal de la cruz y dispuestas al martirio, se bajan el velo para morir con el rostro cubierto. Por fin la puerta se entreabre. Los alaridos de los asaltantes se convierten en un grito de victoria; ya no usan las armas y se precipitan hacia la puerta entreabierta.

Con el rostro blanco a semejanza del estuche que lleva bien alzado como único velo de su semblante de enclaustrada, Clara da dos, tres, cinco pasos más allá del umbral. No sé si ve a los que están frente a ella o si ve a su tierra o a sus enemigos, pero no me parece nada de eso. Sus ojos sólo adoran al Santísimo que lleva en sus manos. De este modo, alta, delgadísima, consumida, cándida como una azucena, con su paso lento, parece más bien un ángel o un fantasma. A mí me parece un ángel, a los otros debe de parecer un fantasma. La arrogancia del enemigo se quebranta, se detiene y, al ver que Clara avanza un paso más, se convierte en una fuga desordenada.

Entonces Clara vacila, se dobla como si estuviera próxima a caer y se apresura a entrar de nuevo atravesando el umbral. “¡Bendito sea Dios! Se han dado a la fuga. Ahora... ahora sostened a vuestra madre, para que pueda volver a colocarlo en su altar. Cantad, hijas, y sostenedme. ¡Ahora vuestra madre está muy cansada!”. En efecto, su rostro parece el de una moribunda, como si hubiera agotado todas sus fuerzas. ¡Pero, a pesar de ello, tiene una sonrisa dulcísima y en sus manos céreas mucha fuerza para estrechar la custodia!

Entran cantando en coro y, mientras entonan el “Tedeum”, Clara deposita el estuche en el tabernáculo y luego queda tendida boca arriba sobre los dos peldaños del altar como si estuviera muerta, mientras las clarisas siguen entonando el himno de gracias.

Esto es lo que veo. Y para mí, hay sólo pocas palabras de Santa Clara, pero no ya en condición de clarisa, sino bajo su aspecto paradisiaco ⁴⁹.

**SANTA TERESITA
(VISIÓN DEL 20 DE AGOSTO DE 1946)**

⁴⁹ Cuadernos 1945-1950, pp. 77-79.

Estoy ensimismada en mis pensamientos, cuando se me aparece justo Santa Teresita con su completo atavío carmelitano, es decir, con el amplio manto blanco, pero sin rosas ni crucifijo con flores, precisamente como se le habrá visto mil veces en su Carmelo, cuando allí iba a la capilla... Viene a mi lado y me pasa el brazo alrededor de los hombros, de modo que su hermosa mano izquierda se apoya sobre mi hombro izquierdo y la derecha sobre el derecho para hacerme sentir su abrazo. Me dice:

“No temas, hermanita mía. Era un camino sencillito. No has pedido éste. Te lo ha dado el Amor, o mejor, te ha puesto en él. Y por ese camino caminas con tu corazón niño, que quiere seguir siendo niño. Y entonces, tu camino se hace heroico doblemente: por su niñez y por su singularidad. Es algo muy grande ser fiel a ambas cosas. Mas serás siempre un niño, porque así lo quieres. Serás un niño en cuyos labios el Espíritu pondrá palabras aún mayores que las de un adulto, porque no son palabras humanas. María sería siempre el niño en el camino de la infancia espiritual.

No temas, hermanita, Jesús, que te ha puesto en este camino, tutela tu corazón y no permitirá que lo extraordinario dañe tu corazón de niño espiritual”.

Me hace sentir la presión de sus hermosas manos, siento que el amplio manto está extendido sobre mis hombros como un velo protector, aislante, defensor... Siento su rostro inclinado sobre mi cabeza, de modo tan fraternal que me consuela completamente. Me siento protegida... amada. Se acaba el miedo... Levanto la cabeza y encuentro su sonrisa, la mirada de sus bellísimos ojos... ¡Qué hermosa es! El cielo se traslucen de todo su ser... Me hace sentir totalmente su amor y luego se desvanece en una gran luz dorada. Queda la paz y el recuerdo de su abrazo ⁵⁰.

Santa Teresa del Niño Jesús me dijo: No tengas miedo, Dios está contento de ti. Me manda que te lo diga. ¿Crees que no eres una niña en la infancia espiritual? Lo eres, porque lo haces todo con simplicidad, también lo que atañe a tus imperfecciones. Y porque no intentas cubrirlas con astucia de adulto para otorgarles un falso atavío de justicia. Eres una pequeñuela en el camino que he enseñado porque a Jesús le gustan los pequeñitos y ha dicho que de ellos es el reino de los cielos. Y eres también una víctima y por lo tanto una adulta porque el espíritu que por propia voluntad decide ser inmolado, aunque sea el de una criatura infantil, es un espíritu adulto ⁵¹.

⁵⁰ Cuadernos 1945-1950, p. 264.

⁵¹ Cuadernos 1944, p. 448.

El 2 de febrero de 1946 refiere: *Desde hace 48 horas me acompaña la presencia de santa Teresita del Niño Jesús. Es una presencia humana y gloriosa al mismo tiempo, porque se me aparece radiante, apoyada en nubecillas luminosas, pero igual a como era en el claustro de Lisieux. No tiene el crucifijo en los brazos, pero lleva el amplio manto blanco sobre la túnica marrón. Sostiene una rosa entre los dedos. Es una rosa hermosísima, de un maravilloso color amarillo oro, es una de esas rosas que según me parece se llaman híbridas, de corola un poco abierta y pétalos muy ondulados. Le digo: Déjala caer. Será una rosa para mí*⁵².

SAN PÍO DE PIETRELCINA

He visto, siempre en sueños, en éxtasis, después de la S. Misa, he visto su mirada penetrante y advertido en mi mano la cicatriz del estigma cuando me cogió de la mano. Y, no en sueños sino bien despierta, he percibido su perfume. Ningún jardín colmado de flores en plena florecencia puede emanar las fragancias paradisíacas que llenaron mi habitación la noche entre el 25 y 26 de julio de 1941 y la tarde del 21 de septiembre de 1942, precisamente mientras que un amigo nuestro hablaba de mí al Padre (yo ignoraba que él hubiera ido a S. Giovanni Rotondo). Las dos veces he obtenido además las gracias pedidas. El perfume fue percibido también por Marta. Era tan fuerte que la despertó. Después cesó de golpe como de golpe había venido.

*Pero percibir el perfume es algo habitual. También esta mañana, después de mi despiadada noche de agonía, lo sentí. Mejor dicho me despertó del sueño que me había cogido al alba. Eran las 6 cuando fui despertada. La ventana estaba cerrada, flores en la habitación por la noche no tengo, perfumes no tengo, la puerta estaba cerrada. Por lo tanto ningún olor podía penetrar desde fuera. Fue como una columna de fragancia al lado derecho de la cama. Como vino desapareció, dejándome una dulzura en el corazón. Decir que es el olor de ésta o aquella flor es decir poco. Todas las fragancias están en este perfume. Todas las venas odoríferas se mezclan como si las almas de todas las flores creadas se agitaran en una paradisiaca danza*⁵³.

SAN PÍO X

⁵² Cuadernos 1945-1950.

⁵³ Cuadernos 1943, pp. 19-20.

Hoy 8 de febrero de 1946 en el momento de la comunión se me aparece la figura de Pío X, el Papa santo. Es una figura cándida, dulce, afable. Avanza tal como era seguramente en sus últimos días. Algo obeso, agobiado bajo el peso de los achaques, arrastrando ligeramente los pies, con las espaldas encorvadas, que sostienen el breve cuello y la cabeza, que los cabellos han plateado, aureolada por luz resplandeciente. La mirada de sus límpidos ojos tiene una dulzura virginal. Lleva el blanco atavío de los pontífices, pero faltan la esclavina roja y el camauro (gorro rojo de pelo de camello que llevan los Papas en invierno). Es como si fuera simplemente sacerdote vestido de blanco en lugar de negro. Es el Papa santo ⁵⁴.

Alza la mano pequeña y regordeta para bendecirme: *Oh tú, que has sido bendecida por el Señor y la Virgen inmaculada, que el Señor y María estén siempre contigo* ⁵⁵.

MUERTE DE JESÚS, DIMAS Y LONGINOS (VISIÓN DEL 18 DE FEBRERO DE 1944)

El Centurión ofrece el ánfora a Jesús para que beba antes de ser crucificado. Pero Jesús mueve la cabeza. No quiere hacerlo. En cambio, los dos ladrones beben.

Se ordena a los condenados que se quiten los vestidos. Los dos ladrones lo hacen espontáneamente mientras imprecan. Los verdugos le dan a cada uno de ellos un sucio trapo para que se lo sujeten en tomo a la ingle.

Se lo ofrecen también a Jesús, que va desvistiéndose con movimientos lentos, sea por el sufrimiento que le causan las heridas, sea por su pudor ultrajado. Pero la Madre ya ha anticipado el gesto de los verdugos: por debajo del manto y sin quitarse éste de la cabeza, se despoja del velo blanco, se lo da a Juan para que, a su vez, se lo dé al Centurión y éste a Jesús. Y Longinos así lo hace sin oponerse.

Jesús se desata las sandalias y se quita las ropas pero cuando está por quedar desnudo del todo, se vuelve hacia el lado del trapecio, en el que se encuentran únicamente los soldados, para no aparecer desnudo ante la chusma. De este modo se ve la espalda, completamente surcada por cardenales y ampollas violáceas, por llagas abiertas o cubiertas de costras sangrientas. La

⁵⁴ Cuadernos 1945-1950, pp. 167-168.

⁵⁵ Cuadernos 1945-1950, pp. 167-168.

llaga del hombro derecho es ancha como la palma de una mano y está encendida por la sangre. Pero cuando se inclina para depositar en el suelo sus ropas, también se abren otras llagas porque se desprende el coágulo que las cubre, demasiado reciente para que la costra esté consolidada; entonces, vuelve a manar la sangre.

El Centurión le tiende a Jesús el velo de María. Y Él reconoce el velo largo y sutil de María, se lo envuelve varias veces alrededor de la cadera y lo sujeta bien para que no se caiga. Luego se vuelve hacia la multitud y se encamina a la cruz.

Ahora se nota que también el pecho, los brazos, las piernas llevan señales de los azotes. Las rodillas sangran por las numerosas caídas. Todo Él es una llaga viva. Pero aún faltan las más crueles.

Jesús es el último que colocan en la cruz. Los primeros son los ladrones que, entre rebeliones y obscenas blasfemias, son atados a las respectivas cruces. Luego le toca a Jesús, que se extiende dócilmente sobre el madero. Coloca la cabeza donde se lo dicen, abre los brazos como le explican que lo haga, extiende las piernas del modo que le ordenan. Ahora es una larga forma blanca sobre el marrón claro de la cruz y el tono amarillento del suelo.

Los verdugos se le acercan. Dos de ellos le comprimen el pecho para impedir que reaccione. Uno le coge el brazo derecho: con una mano aferra la muñeca y con otra tiene los dedos. Observa si el carpo corresponde al agujero que han hecho en la cruz. Es así. El otro apoya en un extremo de la palma un clavo largo y grueso, con la punta afilada y la cabeza ancha como ciertas monedas de épocas pasadas; alza su pesado martillo y da el primer golpe. La punta del clavo penetra en la carne viva, perfora el hueso, lesiona los nervios.

Jesús lanza un grito y se contrae. No esperaba un golpe tan inmediato o, quizás, no ha sabido contener el agudo dolor. Le responde el gemido de una criatura angustiada. Es María, que se lleva las manos al rostro y se dobla como bajo un peso sobrehumano. Jesús ya no grita. Sólo se oyen los golpes del hierro contra el hierro. La mano derecha queda clavada.

Pasan a la mano izquierda. El carpo no corresponde al agujero efectuado. Entonces aferran unas cuerdas, sujetan con ellas la muñeca y tiran hasta arrancar los tendones y los músculos y dislocar las articulaciones. Y, sin embargo, aún no basta. Se resignan a plantar el clavo donde pueden. En el metacarpo el clavo entra con más facilidad pero provoca un dolor mayor porque cercena los nervios. Pero Jesús ya no grita para no torturar a la Madre con su grito. De sus labios apretados con fuerza sale solamente un lamento sofocado.

Ahora les toca a los pies. Ya antes han aplicado en la cruz una pequeña cuña para que sirva como soporte a los pies y permita que se fije mejor el clavo, que es aún más largo y grueso que el de las manos. Jesús que, aunque no grita está completamente contraído por el dolor, hace un movimiento instintivo para retirar las piernas cuando comprende que van a clavarlas. Pero luego se abandona a sus verdugos. Colocan debajo el pie izquierdo y sobre él el derecho. Uno de los verdugos le comprime los tobillos para que no los mueva y los dedos para mantener los pies apoyados y bien adheridos a la cuña. El clavo entra con dificultad tanto en uno como en el otro pie, en la zona en que comienza el tarso.

Jesús se crispa por el sufrimiento. A cada golpe del martillo, María exhala un gemido sofocado, como de pobre paloma torturada, sigue acurrucada y como sumida en los estertores de la muerte. Es razonable que sea así porque la crucifixión es tremenda. Parece que cada golpe hunde un clavo en el corazón.

Ahora todo ha terminado. En primer lugar izan la cruz de Jesús. Las inevitables sacudidas que recibe cuando la levantan, deben de hacerle sufrir terriblemente porque remueven los miembros perforados en torno al hierro de los clavos y las heridas han de quemar como fuego abrasador. También la corona sufre las sacudidas y se desplaza y comprime nuevas zonas.

Pero cuando la cruz está alzada y la arrastran hasta el hueco preparado y la dejan caer en él, el atroz sufrimiento de Jesús aumenta aún más. Ahora todo el peso del cuerpo está llevado hacia adelante y hacia el suelo y cuando el madero choca contra el fondo del hueco, las manos —especialmente la izquierda— se desgarran; también se ensancha el orificio de los pies, la sangre cuela por doquier mientras una fuerte sacudida recorre todo el cuerpo y lo trastorna.

Los verdugos aseguran la cruz con la tierra y las piedras que estaban al lado del hueco, la aseguran muy bien, prensan el suelo. Luego izan a los ladrones. Y comienza la agonía final.

La chusma grita e impreca, no tanto contra los ladrones sino contra Jesús. Alza los puños contra Él, le maldice, le burla. Abajo, los soldados se reparten las ropas de los condenados y para engañar el tiempo se juegan la túnica a los dados. Y siguen jugando como si nada.

Pero Longinos no obra así. Observa. Al mirar en derredor ve a María, que está en un rincón de la plataforma situada más abajo y ordena que la hagan subir hasta la cruz, si así lo desea, “junto con el hijo que la acompaña” (Longinos se expresa exactamente así). Cree que Juan es otro hijo y, sin saberlo, se convierte en profeta. María atraviesa junto con Juan el cordón que forman los

soldados. Sólo Ella y Juan lo atraviesan; María Magdalena, María de Cleofás, María de Zebedeo y las demás se quedan donde estaban.

Sostenida por Juan, la Madre enfrenta su glorioso suplicio. El pueblo no se lo evita y tampoco lo hace el mal ladrón. En cambio, Dimas no lo hace. La gracia comienza a obrar en él. Ya no impreca. Mira desde su cruz, observa a Jesús y reflexiona.

Las cruces están situadas de esta manera:

María está entre la cruz de su Hijo y la de Dimas; está vuelta hacia Jesús y cada uno de los estremecimientos del mismo la hace morir de dolor.

Jesús habla muy poco. Jadea. Intenta hallar una posición de mayor alivio para su cuerpo y, por lo tanto, disminuye el peso sobre los pies, hace fuerza en los brazos y se suspende de las manos. Pero las heridas de las manos y el peso del cuerpo le obligan a retomar la posición anterior después de pocos minutos.

Veo las piernas sacudidas por ese temblor que ataca a los músculos cuando se los tiene en una postura incómoda, forzada, y se los obliga a un esfuerzo superior a sus posibilidades. Los dedos de los pies se curvan alternativamente hacia el empeine y la planta, se separan, se reúnen y, con sus movimientos, explican su tormento.

También tiemblan los brazos y las manos, especialmente la derecha. La izquierda está doblada sobre sí misma, como si todos los nervios de los dedos estuvieran quebrados. Cada vez que Jesús deja caer su peso sobre los pies, la laceración del metacarpo izquierdo se extiende hacia el pulgar.

La corona de espinas debe de torturarlo. Cada tanto, Jesús apoya la cabeza en el madero, sobre todo cuando intenta hacer presión sobre los pies para aliviar el dolor de las manos. Y entonces las espinas penetran en la nuca.

La sed debe de ser muy fuerte. El Salvador, que respira con la boca entrecerrada debido al jadeo incesante, a intervalos intenta humedecer con la lengua los labios abrasados. Pero también ella está seca. Aun así, no deja de implorar al Padre para que perdone a todos: “Padre, perdónales”.

Esta plegaria, que murmura en medio de su enorme martirio por quien le martiriza, sacude a Dimas. Es el golpe final de la gracia. Ni siquiera puede seguir oyendo las blasfemias del otro ladrón y se las reprocha, mientras se encomienda a Jesús y le reconoce como Señor. Y Jesús, que con gran esfuerzo logra volver la cabeza extenuada, halla aún una sonrisa para alentarle y prometerle el cielo, pues le dice: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

El cielo se pone cada vez más oscuro. En el calor bochornoso pasan rápidamente, a intervalos, ráfagas de viento frío y arrastran tras de sí una estela de nubes plúmbeas. En la luz verdosa que precede el temporal, el rostro de Jesús parece aún más lívido. La cabeza cae sobre el pecho, las fuerzas disminuyen rápidamente.

Al pie de la cruz ve a su Madre junto a Juan. Exclama: “Mujer, he aquí a tu Hijo. Hijo, he aquí a tu Madre”.

María, con la expresión atormentada de una mártir, recoge esta herencia de su Jesús. Pero se esfuerza por no llorar, por resistir, para darle coraje a su Jesús y no acongojarle con su llanto.

La luz disminuye con rapidez y hace difícil percibir los espasmos del moribundo. Sólo los que están junto a la Cruz, como María, Juan y el centurión, los ven claramente. Y exclama: “¡Dios mío, Dios mío (Eloi, Eloi)!, ¿por qué me has abandonado?”.

Pero no desciende del cielo ninguna luz. Es una agonía a la que le falta el consuelo sobrenatural. Es la agonía de la víctima, de la Gran Víctima.

Ahora todo está oscuro como cuando ya ha caído la noche. Jerusalén desaparece envuelta en las nubes de polvo que levanta el viento y en las tinieblas de una noche precoz. Ya no hay sol. Es como si hubiera muerto. Me parece estar sumergida en la luz que ya vi en la contemplación de la resurrección final: una luz como de astros apagados, una luz sin luz.

Jesús gime: “Tengo sed”. También el viento le tortura porque le reseca aún más los labios y con su violento soplo, que dilata los pulmones incapaces de reaccionar, le impide la respiración.

Un soldado se acerca a un recipiente, que es una especie de mortero que contiene vinagre e hiel, moja en él una esponja, la clava en la punta de una caña y la levanta hacia el moribundo que, por lo poco que puede hacerlo, abre la boca con avidez, se tiende hacia adelante, extiende la lengua buscando refrigerio. Pero encuentra la acidez del vinagre para sus labios heridos y la amargura de la hiel como última desazón. Se echa hacia atrás con repugnancia, con inmenso abatimiento. Se abandona.

Él percibe la muerte y dice: “¡Todo se ha cumplido!”. Lo dice con infinita resignación.

Tras un instante de silencio, murmura como pronunciando una íntima plegaria: “Padre, en tus Manos encomiendo mi espíritu”. Luego hay una nueva pausa.

En la luz crepuscular, se advierte la última convulsión de Jesús. Es una convulsión que por tres veces sube desde los pies y recorre todos los pobres nervios torturados.

Por un largo minuto se queda así: tenso, tembloroso, encorvado; luego, con un grito que lacera el aire, un grito impresionante que inicia una palabra: “Madre”, muere. La cabeza vuelve a caer sobre el pecho, el cuerpo se desplaza hacia adelante, cesa el temblor y cesa la respiración. Ha expirado.

La Tierra responde al grito de la Víctima con un estruendo, mientras el viento silba, los rayos atraviesan el cielo y el terremoto sacude el suelo. Parece que ha llegado el fin del mundo. Los presentes se estrechan los unos a los otros y lanzan alaridos de terror.

También María cede, ahora que ha cumplido su deber santo, y Juan la recuesta premurosamente a los pies de la Cruz.

Los soldados se preguntan si es posible que ya haya muerto. De costumbre, la muerte no es tan rápida.

Longinos asesta un lanzazo a Jesús, de abajo arriba, de derecha a izquierda, mientras la muchedumbre huye aterrorizada y en el monte quedan solamente los soldados, María, Juan y el grupo de las Marías. Pero Él ha expirado. No se mueve. Sólo gotea sangre y suero. No brota a borbotones, profusamente, como sucedería si se hubiera herido un corazón vivo. Ahora faltan la respiración y el latido que da impulso a la sangre y ésta, ya separada, fluye lentamente de las carnes que van enfriándose con rapidez.

Tiene la cabeza fuertemente reclinada sobre el pecho y los cabellos, cayendo hacia adelante, le velan el rostro. Se advierte la lividez de las carnes sobre las que el velo de María ondea contra un cielo negro como la pez, en ese altar del Gólgota cuyos candelabros son las cruces de los dos ladrones, que aún están vivos.

Llegan dos judíos a tratar con el Centurión. Le piden el cuerpo. Longinos llama a un soldado, le da un caballo y le manda donde Pilato, para saber con seguridad si el Pretor mismo ha concedido el permiso a esos judíos. El soldado vuelve muy pronto y afirma que es verdad.

Los verdugos se disponen a subir por las escaleras para desclavar el cadáver. Pero José y Nicodemo no lo permiten. Se quitan la capa y suben ellos llevando tenazas y palancas para desclavar. Desclavan ante todo la palma izquierda. El brazo cae a lo largo del Cuerpo, que cuelga en parte separado del madero. Lllaman a Juan para que les ayude.

Los soldados se han ido. Los dos ladrones morirán solos y con las piernas truncadas. La milicia ya nada tiene que hacer allí. Vuelven a disponerse en pelotón y se alejan mientras los discípulos deponen a Jesús de su patíbulo .⁵⁶

LA RESURRECCIÓN (VISIÓN DEL 21 DE FEBRERO DE 1944)

Comienza a aclarar, de modo que la escena se ve en una luz verdosa e incierta, que parece estremecerse con la fresca brisa del alba. Reina el silencio. Las avecillas aún no se han despertado.

El cielo —que parece de seda azul, más clara a oriente, más oscura a occidente— aún conserva el recuerdo de una que otra estrella. Y del cielo parte una especie de rayo de fuego, semejante a una saeta, que termina en un globo resplandeciente. Desciende velozmente, cortando el aire y deslizándose por el espacio sereno.

En la caída, el fúlgido meteoro provoca un estruendo como el de un terremoto pero, como no es un rumor disonante, se asemeja más al que suscitarían los tubos mayores de un órgano gigantesco que tocara un “Gloria” solemne bajo las bóvedas de una catedral. Es decir, que es un retumbo potente y armónico, que con su resonancia colma el aire matutino.

Los guardias se despiertan aterrorizados y miran a su alrededor. Pero el espléndido relámpago ya está sobre ellos y se abate sobre la pesada piedra, cuyo cierre había sido reforzado con el contrafuerte de cal viva para asegurarlo aún más. Y esa enorme piedra se derrumba como si fuera una frágil pantalla de papel de seda, con un fragor y unos sacudones como de terremoto que hacen caer a los guardias, algunos boca abajo y otros boca arriba, y les deja en el suelo como desvanecidos, ausentes. Y no vuelven en sí. Yacen como un montón de títeres a los que se le hubieran roto los hilos que les permitían estar erguidos. Y, de tal modo, son ridículos.

⁵⁶ Cuadernos 1944, pp. 152-159.

El rayo de fuego tiene una velocidad mucho mayor que la que empleo en describirlo, porque desde su aparición en el cielo hasta su llegada al Sepulcro ha empleado pocos instantes; no digo minutos, sino instantes, fracciones de minuto, segundos. El rayo pues, penetra en el oscuro sepulcro y lo ilumina con una luz fantasmagórica, que parece adornar con todas las gemas existentes la piedra de esos muros, de esas bóvedas, de ese suelo. Y mientras su fulgor queda suspendido en el aire como si fuera la misma esencia de la incomparable luz, dicha luz penetra bajo las vendas fúnebres del Cuerpo allí tendido.

La forma inmóvil exhala un largo suspiro. Veo que los linos que cubren el pecho se alzan y se vuelven a bajar. Aún un minuto de pausa y luego, con un repentino impulso, Cristo resucita. Bajo los linos descruza las manos enlazadas sobre el bajo vientre, abre los brazos, repentinamente se sienta, luego se pone de pie, y así el sudario, los linos, la Sábana Santa se desordenan bruscamente: los primeros caen al suelo y la Sábana Santa se desliza sobre la piedra de la unción y queda allí, colgada a medias, como un pellejo aflojado y vacío.

Jesús ya está cubierto con su esplendente vestidura de candor, ya no se ven sangre ni heridas, la divina Cabeza está compuesta y resplandeciente y la única huella de la tremenda Pasión son los rayos que salen de las Heridas y que, como cinco llamas, reflejan su luz sobre la divina Persona y crean una aureola de rayos que, de las Manos y los Pies, se cruzan bajando, subiendo y se disponen en círculo desde el centro del Pecho. La Herida del Costado no se ve. La cubre la túnica. Pero el fulgor mayor está sobre su Pecho, como un sol escondido tras un paño de seda.

A los lados de la entrada destruida hay dos seres angelicales que, por cierto, han entrado en el Sepulcro con la luz aunque yo, absorta en la contemplación, no les he visto antes; son menos luminosos pero enormemente bellos y están de rodillas, en adoración. Son seres incorpóreos, con una forma humana que está hecha de luz, de esa “luz” bienaventurada que ya en la contemplación del Paraíso he comprendido que es propia de sus espirituales habitantes.

Tras la adoración de los ángeles, Jesús sale del Sepulcro, pasa entre los guardias desvanecidos, atraviesa el huerto. A su paso, su divino fulgor se derrama sobre las cosas y por eso las hierbas mojadas de rocío resplandecen por un Sol más encendido que el que acaba de aparecer en el cielo y, bajo el beso de una brisa tibia y perfumada, se inclinan y vuelven a alzarse dulcemente como para venerar al Salvador, que pasa sonriendo y bendiciendo. Por el mismo motivo los manzanos, que hasta entonces mostraban sus frondas apenas salpicadas de candor por escasas flores, ahora abren sus miríadas de corolas, que forman sobre la cabeza de Jesús una nube ligera, perfumada, esponjosa,

constituida por miles y miles de flores blancas apenas teñidas de rosa, recién brotadas; a ellas corresponde en el cielo azul una nubecilla que parece un velo rosado. Y las aves, despertadas por tanta luz, gorjean todos sus trinos en el jardín en flor.

Jesús se detiene y me habla bajo un manzano que parece una esfera cubierta de flores de las que, cada tanto, un pétalo más enamorado que los otros de su Señor, desciende para acariciar sus mejillas y se posa a sus pies, como una flor más entre las flores que cubren el suelo.

Sólo veo a la Magdalena cuando Jesús me la indica. Del mismo modo, por estar absorta en Él, no veo lo que les pasa a los guardias ni advierto cuándo se escabullen. Tampoco veo más a los ángeles, pero comprendo que están aún en el Sepulcro, porque la oscuridad de éste se ilumina con la angélica luz.

La Magdalena llora desconsoladamente. No me explico cómo no reconoce a Jesús. Quizás Él le ofusque la vista para poder llamarla antes de que le vea. Pero cuando la llama, la Magdalena le ve tal como es y por lo que es, o sea, vencedor por fin y, por eso, su grito de amor, ferviente e ilimitado, llena todo el jardín florecido y ella se postra, con el rostro escondido en la hierba húmeda de rocío, a los pies de Jesús. Mi visión termina aquí⁵⁷.

LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO (VISIÓN DEL 16 DE SEPTIEMBRE)

En lo alto, en el cielo puro, tan azul y tan límpido, está fijo un personaje que despide llamas y que parece estar hecho de inflamado fuego. El fulgor de ese fuego es más vivo que el del sol, que asoma por detrás de una Sierra de lujuriante vegetación con tal pompa de rayos y de esplendor que todo se ilumina de gozo.

Ese ser de fuego lleva un traje de plumas. Parece un ángel, porque dos alas inmensas le mantienen suspendido y fijado en el del cielo de septiembre; son dos alas inmensas y abiertas que perfilan la parte horizontal de una cruz, sostenida por el cuerpo resplandeciente. Son dos alas inmensas de incandescente candor, abiertas sobre la rutilante incandescencia del cuerpo, vestido con otras alas que lo fajan por completo porque sus sobrenaturales plumas de perla, de diamante y de plata purísima se recogen en torno a la persona. También la cabeza parece estar fajada con este singular tocado de plumas. Escribo “parece” porque yo no la veo. En el lugar que correspondería a ese rostro

⁵⁷ Cuadernos 1944, pp. 173-175.

seráfico, sólo veo un resplandor tan vivo que me deslumbra. Para encontrar algo semejante a él, tengo que evocar los más vivos fulgores entre los que contemplé en las visiones paradisiacas, aunque reconozco que éste es aún más vivo. La cruz de llameantes plumas está fija, en el cielo con su misterio.

Abajo, veo a un frailecillo macilento en el que reconozco a mi Padre seráfico; está rezando de rodillas en la hierba, bastante cerca de una gruta desnuda, llena de asperezas, que causa temor como un abismo infernal. Parece que la pesada túnica, muy ancha respecto a los miembros, ya no cobija el cuerpo destruido. De la cogulla grisácea (de un color entre el de la ceniza y el de ciertas arenas amarillentas), asoma el cuello. Las muñecas delgadas y las manos asoman de las amplias mangas, con las palmas vueltas hacia arriba y alzadas como en el “Dominus vobiscum” y se tienden en la plegaria. Son dos manos macilentas, que otrora eran morenas y ahora están amarillentas como las de un enfermo. El rostro delgado parece estar esculpido en un viejo marfil; no es bello ni regular, pero expresa una belleza particular, hecha de espiritualidad.

La mirada de mi “Padre seráfico” encuentra la cruz llameante, grande, viva. Por un instante le sobrecoge el estupor, luego se oye un grito: “¡Señor mío!”, y Francisco cae un poco hacia atrás, sobre los talones, y queda en éxtasis, con el rostro sonriente, dirigido hacia arriba y derrama las dos primeras lágrimas de beatitud, abriendo aún más los brazos...

Ahora el Serafín mueve su refulgente y misteriosa figura. Desciende. Se acerca. No viene a la Tierra. No, aún está muy en lo alto, pero menos que antes. Está a mitad camino entre el cielo y la Tierra. Pero ya la Tierra se ilumina aún más por este vivo sol que, en la aurora bienaventurada, se une al otro sol, el de cada día, y lo supera. Al descender, con las alas siempre abiertas en cruz, no hiende el aire por el movimiento de las plumas sino por la fuerza del propio peso y produce, al mismo tiempo, un sonido paradisiaco, un sonido que ningún instrumento humano puede producir. Entonces me llega el recuerdo del sonido del globo de Fuego de Pentecostés...

Y mientras Francisco sigue riendo y llorando al mismo tiempo y resplandece en su estático júbilo, el Serafín abre sus dos alas —ahora veo bien que son alas— que están hacia la mitad de la cruz. Entonces aparecen las santísimas plantas de mi Señor clavadas en el madero y sus largas piernas, que en esta visión resplandecen tan vivamente como sus miembros glorificados en el Paraíso. Luego se abren otras dos alas, justo en el punto más alto de la cruz y este vivo deslumbramiento produce en mis ojos —y creo que, aunque él esté sostenido por la gracia divina, también en los de Francisco— un doloroso júbilo.

Ahora se ve también el torso del Salvador, que palpita al respirar... y luego se ve el Fuego, en el que sólo por una gracia puede detenerse la mirada; el Fuego de su rostro, que aparece cuando el sudario de las plumas centelleantes queda abierto completamente.

El fuego de todos los volcanes, de todos los astros y todas las llamas, rodeado por seis sublimes alas de perlas, plata y diamante, daría aún poca luz respecto a este indescriptible, inconcebible esplendor de la Santísima Condición Humana del Redentor, clavado en su patíbulo.

Además, el rostro y los cinco orificios de las llagas no pueden ser descritos, pues no es posible encontrar un parangón. Pienso... pienso en las cosas más brillantes... pienso hasta en la misteriosa luz que emana el radio. Pero, si todo lo que leí es exacto, la luz del radio, aun siendo muy viva, tiene el fulgor azul-plateado de una estrella, mientras ésta que veo es como la condensación de la luz del sol multiplicada por un número de veces incalculable.

La cumbre de La Verna debe de aparecer como si mil volcanes hubieran surgido a su alrededor formando una corona. El aire tiembla con ondas que el ojo percibe, debido a la luz y al calor que emana de mi Señor crucificado (un calor que arde mas no quema) y los tallos y las hojas parecen irreales, puesto que la luz llega a penetrar también en la opacidad de los cuerpos y los convierte en luz...

Ahora Francisco está tan echado hacia atrás, con los brazos completamente abiertos bajo su Sol, su Dios Crucificado, que se le ve casi boca arriba. Por estar intensamente impregnado de luz y de gozo, su aspecto es inmaterial. En realidad, no habla, no respira. Parecería un muerto glorificado si no fuera por esa posición, que requiere al menos un soplo mínimo de vida para mantenerse. Por sus mejillas enflaquecidas ruedan las lágrimas y resplandecen como regueros de diamante; quizás sirvan para mitigar el humano calor de esta mística llama.

No oigo las palabras de Francisco ni las de Jesús. Hay un silencio absoluto, profundo, estupefacto. Es una pausa en el mundo que está en torno al misterio, una pausa para no turbar, una pausa para no profanar este sacro silencio en el que Dios se manifiesta a su bienaventurado. Al contrario de lo que podría suponerse, los pájaros no exaltan esta fiesta de luz con agudos trinos y alegres vuelos, no danzan las mariposas y las libélulas, no se deslizan las lagartijas y los lagartos. Todo está detenido en una espera en la que percibo la adoración de los seres hacia El que los creó. Ya ni se oye susurrar, como un

suspiro entre las frondas, la ligera brisa ni tampoco los lentos y sonoros arpeggios del agua escondida en alguna cavidad entre las piedras, que antes desgranaba sus notas, como perlas raras, en una modulada escala. No se oye nada. Sólo existe el Amor. Jesús mira y sonríe a su Francisco. Francisco mira y sonríe a su Jesús... Nada más.

De las cinco llagas parten, cinco saetas (cinco pequeños rayos, tendría que decir) que descienden por el aire perpendicularmente, es decir, sin zigzaguar, y con extraordinaria velocidad. Son cinco agujas de luz insostenible que traspasan a Francisco...

Naturalmente, no veo las plantas de sus pies, cubiertas por el hábito, ni el costado, cubierto por el sayo, pero veo sus manos. Y veo también (desde mi ubicación, digamos, detrás de Francisco) que, después de que esas puntas quemantes han entrado en la carne y la han traspasado, la luz que cae sobre la palma de la mano, pasa, a través del orificio, al lado opuesto, es decir, al dorso. Parecen dos ojales abiertos en el metacarpo, de los que descienden dos delgados hilos de sangre, que se deslizan lentamente por las muñecas, por el brazo, por debajo de las mangas.

Francisco exhala un suspiro tan profundo que me recuerda el suspiro póstumo de los moribundos, pero no se desploma. Permanece en la misma posición por algunos momentos, hasta que el Serafín —del que nunca he visto el rostro sino sólo las seis alas— vuelve a extender estas alas sublimes, como un velo sobre el Cuerpo santísimo y, de este modo, lo esconde; luego, con las dos alas iniciales, vuelve a subir, cada vez más arriba en el cielo, mientras la luz disminuye y, al final, queda sólo la claridad normal de una serena mañana de sol. El serafín desaparece.

Sólo entonces Francisco advierte el dolor de las heridas y con un gemido, sin levantarse, abandona la posición anterior y se sienta en el suelo. Se mira las manos... se descubre los pies. Aparta el sayo en el pecho. Cinco regueros de sangre y cinco tajos son el recuerdo del beso de Dios. Francisco se besa las manos, se acaricia el costado y las plantas de los pies, mientras llora y murmura: “¡Oh, Jesús mío! ¡Mi Jesús! ¡Qué amor! ¡Qué amor, Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!...”.

Trata de ponerse de pie, apoyando los puños en el suelo; lo logra con dolor en las palmas y en las plantas y, tambaleándose como quien está herido y no puede apoyarse en el suelo y vacila por el dolor y por la debilidad que comporta el desangramiento, se encamina a su gruta y cae de rodillas sobre una piedra, con la frente apoyada en la cruz que forman dos ramas atadas. Allí vuelve a mirar sus manos, en las que parece advertirse la cabeza de un clavo que

penetra y traspasa, y se echa a llorar. Lloro de amor, golpeándose el pecho y exclamando: “¡Oh, Jesús, mi dulce Rey! ¿Qué me has hecho? ¡Este don es excesivo para mí, no por el dolor sino por las loas ajenas! ¿Por qué me lo a mí, que soy pobre e indigno? ¡Me donas tus llagas, oh Jesús!...”⁵⁸.

LOS AMIGOS SANTOS (VISIÓN DEL 25 DE JULIO DE 1944)

Sentí una enorme paz y, además, disfruté de la presencia visible de mis Amigos del cielo, de sus caricias y del perfume de rosas, que también otros advirtieron. Es un perfume que a veces llega nítido, puro, como si en el cuarto hubiera ramos de rosas recién cortadas, y otras se confunde con un tenue olor de yodo o de vinagre, como si las rosas se hubieran plegado sobre el tallo, algo marchitas. El perfume se esparce lentamente; al principio es sólo un vislumbre, luego se afirma, aumenta, llegando como a oleadas, a veces intensísimas y otras menos. Luego se disuelve como ha venido.

Por lo general es perfume de rosas, pero a veces es un perfume compuesto, como si se tratara conjuntamente de gardenias, jazmines, violetas, , azucenas y tuberosas. Nunca siento olor a claveles, gladiolos, junquillos, fresas u otras flores. Siento solamente el perfume de las que he nombrado .

Pienso que me lo trae algún “Amigo” o que me llega con la bendición del Padre Pío. Pero no lo sé con exactitud. Todas las veces lo acojo con gratitud y con este saludo: “Seas quien seas, gracias por tu sensible protección”, porque en medio de esas fragancias me siento protegida aún más que de costumbre, como si estuviera en los brazos de alguien que me ama con la perfección de un santo⁵⁹.

San Juan se me apareció muchas veces, san José una vez en enero y repetidas veces en los días entre el 10 y el 24 de abril. San Francisco se me apareció una vez aquí me parece que a principios de mayo. Y ahora ha aparecido santa Teresa del Niño Jesús. Los demás se me aparecieron en las visiones dirigidas a todos. También vi a santa Inés, cuando me dictó sus palabras. A algunos les parecerá que veo a muchos santos. A los dos a quienes rezo siempre es a san Francisco y a santa Teresita⁶⁰.

⁵⁸ Cuadernos 1944, pp. 572-577.

⁵⁹ Cuadernos 1944, p. 484.

⁶⁰ Cuadernos 1944, p. 454.

EL PURGATORIO DE SU MADRE (VISIÓN DEL 4 DE OCTUBRE DE 1949)

Después de tanto tiempo, veo a mi mamá. Está entre las llamas del Purgatorio. No la he visto nunca entre las llamas. Grito. No logro reprimir el grito del que luego le doy una justificación a Marta para no impresionarla.

Mi mamá ya no aparece tan borrosa y grisácea, con la expresión dura y hostil hacia el Todo y hacia todos como la vi en los primeros 3 años sucesivos a la muerte cuando, aunque se lo suplicara, no quería dirigirse a Dios. Tampoco está trastornada y triste, casi asustada, como la vi en los años siguientes. Está hermosa, rejuvenecida, serena. Parece una esposa con un vestido, que ya no es gris sino blanco. Surge de las llamas de la ingle hacia arriba.

Le hablo. Le digo: “¿Estás aún allí, mamá? Sin embargo, recé tanto para lograr abreviarte la pena y también hice rezar. Y esta mañana, para el sexto aniversario, he hecho la Santa Comunión por ti. Y aún estás ahí”.

Me responde risueña, alegre: “Estoy aquí, pero falta poco. Sé que rezaste e hiciste rezar. Esta mañana he dado un paso grande hacia la paz. Te lo agradezco a ti y a la monja que ha rezado por mí. Ya recompensaré luego... muy pronto. Dentro de poco terminaré mi purgatorio. Ya he purgado las culpas de la mente... mi cabeza orgullosa... luego las del corazón... mis egoísmos... Eran las más graves. Ahora estoy expiando las correspondientes a lo más bajo. Mas son una nadería respecto a las primeras”.

- Entonces ya no habrá necesidad de rezar por ti.
- Reza igual que si yo estuviera aquí. Hay tantas almas olvidadas, almas de todo tipo, muchos son de madres. Hay que amar y pensar en todos.
- Y papá. ¿dónde está papa?
- Está en el purgatorio.
- ¿Todavía está allí? Era bueno. Murió como un cristiano con resignación.
- Más resignado que yo, pero está aquí. Dios juzga de un modo que es diferente del nuestro, de un modo que es suyo únicamente.
- Ahora eres bellísima, mamá. Eres como yo quería que fueras.

Si soy así, a ti te lo debo. ¡Cuántas cosas se comprenden cuando se está aquí! Se comprenden cada vez más, cuanto más uno se purifica del orgullo y del egoísmo. Y en mí los había tanto...⁶¹.

SU MADRE (VISIÓN DEL 1 DE NOVIEMBRE DE 1944)

Esta mañana, a las 6, he tenido una visión que, al menos en parte, dejará incrédulos a algunos, pero que para mí ha sido motivo de consuelo y también de pena.

Veía el Paraíso con su innumerable y gozosa población de Santos en la bienaventuranza de la contemplación de Dios. Los espíritus infinitamente cándidos que estaban absortos en la visión de Dios eran como incalculables luces de amorosas llamas. Todos tenían el rostro y el amor fijos en un punto: la Santísima Trinidad.

Pero en lo que llamaría el límite del cielo, justo allí donde comienza el Reino feliz, aparecía un espíritu diferente tanto en el aspecto como en el obrar. En efecto, el aspecto era de un candor menos reluciente, algo más opaco, casi diría ceniciento también en la fisonomía que, sin embargo, mostraba ya las características de los espíritus bienaventurados: rostro y miembros trazados sólo con líneas de luz. Del mismo modo, su atavío —aun siendo blanco— no relucía, no era aún una luz hecha tela como el de los otros. Parecía que acababa de salir de un lugar triste y tenebroso, que había oscurecido su traje y su color. También su actitud era diversa de la de los demás. Parecía luchar entre el deseo de adorar a Dios y el deseo de mirarme con extraña mirada; una mirada que parecía pedir disculpas, decirme: “ahora sé”, decirme: “te quiero”, decirme: “gracias”, decirme: “estaba ciega, pero ahora veo”. No sé cómo explicar, tenía un aspecto serio, casi triste y, sin embargo, plácido y sereno, un aspecto humilde y, sin embargo, majestuoso...

Era mi madre. Y era inconfundible por lo semejante en el aspecto y la expresión, que era ésa de los raros momentos en que dejaba hablar a su corazón y a la razón.

He buscado muchísimo a mi papá pero no le he visto. Y, sin embargo, creo que está en la gracia de Dios más que mamá... ¡Cuánto le he buscado en medio de los rostros tan nítidos e identificables de los bienaventurados!

⁶¹ Cuadernos 1945-1950, pp. 505-507.

Entonces mi dicha habría sido completa. Aunque ya he experimentado júbilo al verla a ella, a mamá, por quien tanto recé en vida y después de su muerte.

Creo —aunque no sé si es exacto lo que creo— que acaba de terminar su expiación o que está a punto de terminarla, que está allí en el umbral, en el límite entre el Purgatorio y el Paraíso y que por eso es menos resplandeciente que los demás, está menos absorta en Dios que ellos y muestra aún la necesidad de recordar la Tierra y también un impulso, surgido de su renacer en la Perfección: el impulso de decirme ahora todo lo que nunca ha sentido la necesidad de decirme, ni siquiera en su último día, y de remediar su soberbio egoísmo ⁶².

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente los datos que anteceden sobre la vida y sobre las maravillas encerradas en los escritos de María Valtorta, podemos decir que son verdaderas revelaciones privadas. Nadie está obligado a creer en ellas, al igual que en las apariciones de la Virgen, incluso aprobadas por la Iglesia. El hecho de haber sido prohibidos sus escritos y puestos en el Índice de libros prohibidos no quita validez a los mismos. Fueron puestos en el Índice en 1950, porque no tenían el *Imprimatur* de las autoridades eclesiásticas. Pero nunca se ha dicho que estos escritos tuvieran errores doctrinales o herejías, sino que estaban de acuerdo con la doctrina católica. Además, el Índice de libros prohibidos fue suprimido por el Papa Pablo VI en 1966 y desde entonces se pueden publicar apariciones y revelaciones privadas, aunque no estén aprobadas por las autoridades eclesiásticas.

Además de esto, hemos anotado que son incalculables los datos históricos, geográficos, cronológicos e incluso meteorológicos, que han sido comprobados por los investigadores y todos sin excepción han podido asombrarse de que una mujer sin estudios y sin salir de casa ni consultar libros científicos sobre el tema, haya podido escribir semejantes maravillas. Por lo cual podemos leer estos escritos que, sin decir que sean sobrenaturales como lo son los Evangelios canónicos, son revelaciones privadas dignas de confianza y que pueden ayudarnos en gran medida en nuestra vida espiritual.

Por todo ello damos gracias a Dios que ha querido darnos este gran regalo en estos tiempos de tanta indiferencia religiosa en que se ponen en duda los dogmas y se niegan los milagros, para fortalecer la fe de los creyentes y

⁶² Cuadernos 1944, pp. 619.

Ciertamente María Valtorta fue un alma mística, víctima del amor y de la justicia de Dios, y nos habla con toda sinceridad y sencillez de la presencia de Jesús en la Eucaristía, del amor de María nuestra madre, de la presencia de los santos y ángeles entre nosotros, especialmente del ángel custodio, a quien ella tanto quería, y nos fortalece en la fe de otros dogmas y enseñanzas de la Iglesia católica, incluso con las narraciones de vidas de santos y de mártires.

Que Dios los bendiga por medio de María y de su ángel.

Agustino recoleto

80

